

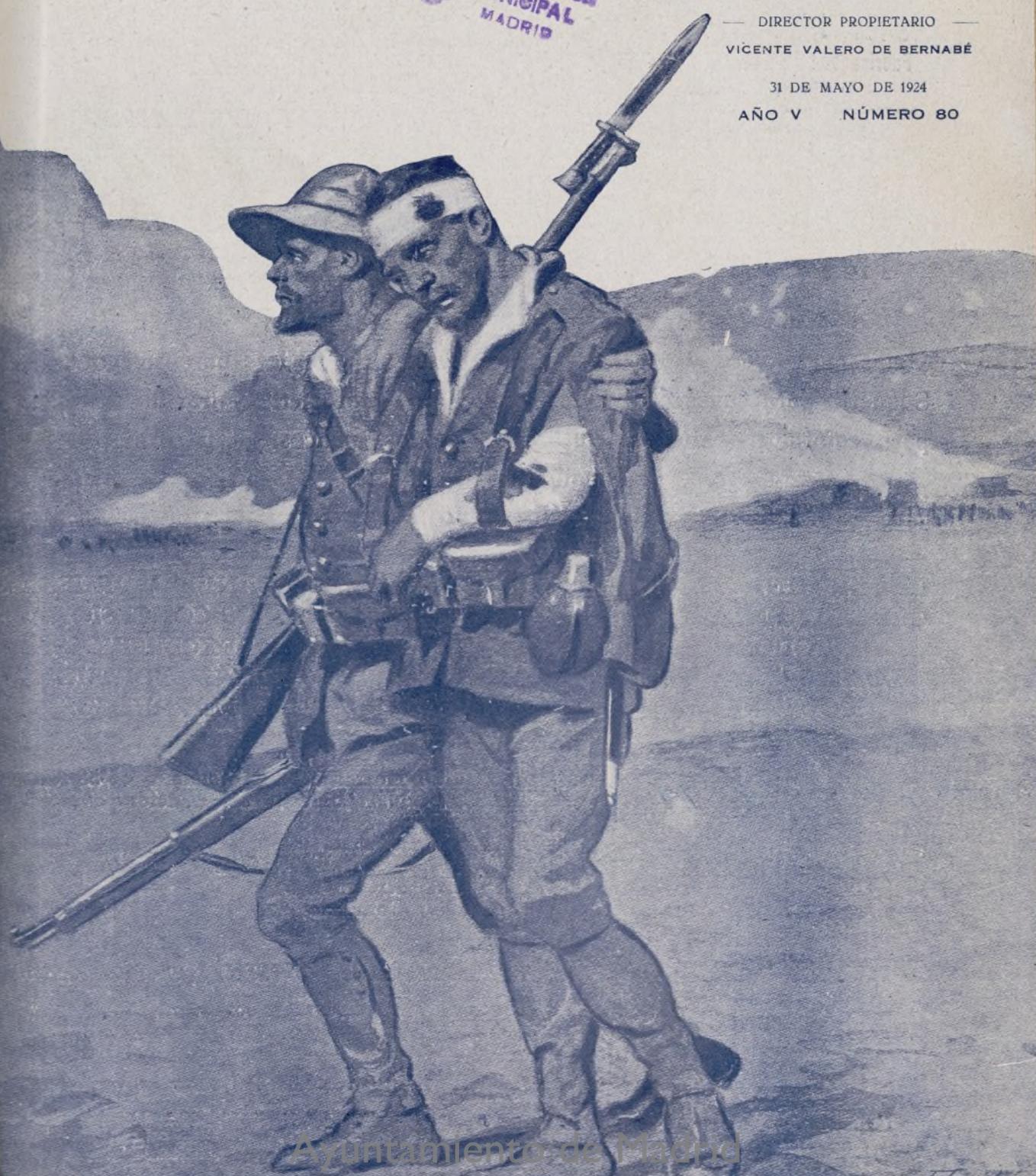
ARMAS Y LETRAS

ARTES · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES · DEPOR-
TES · LITERATURA · PASATIEMPO · CURIOSIDADES
VULGARIZACIONE ^{SCIENTIFICA}

AYUNTAMIENTO MUNICIPAL
MADRID

— DIRECTOR PROPIETARIO —
VICENTE VALERO DE BERNABÉ

31 DE MAYO DE 1924
AÑO V NÚMERO 80



Ayuntamiento de Madrid

LA PISTOLA NACIONAL



Fabricantes: ESPERANZA Y UNCETA
GUERNICA (VIZCAYA)
DELEGACIÓN GENERAL A. V. DE BERNABÉ
DUQUE DE OSUNA, 3.-MADRID

Unica reglamentaria en el Ejército
Unica reglamentaria en la Marina de Guerra
Unica reglamentaria en el Cuerpo de
Carabineros, en el Cuerpo de prisiones y
para los Jefes y Oficiales de la Guardia
civil

CALIBRES, 9 mm. 7'65 y 6'35

Los señores Jefes y Oficiales pueden adquirir a plazos
estas pistolas por conducto de

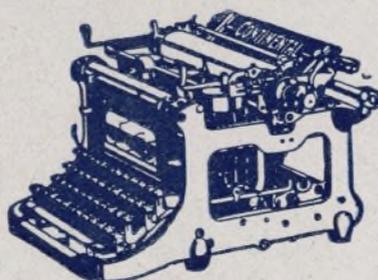
ARMAS Y LETRAS

PEDRO ANDION

IMPERIAL, 8 Y 16, Y BOTONERAS, 8
TELÉFONO 14-87 M.

Lonas para toldos y cortinas.—Lencería, cutíes y terlices para colchones.—
Saquerío para envases de lanas y cereales.—Cordelería y tramillas.—Yutes
para enfardaje.—Mantas, colchas y géneros blancos.—Gutaperchas.—
Lanillas para banderas.

LA MAQUINA DE ES-
CRIBIR QUE REUNE
TODOS
LOS ADELANTOS
MODERNOS



PIDANLA A PRUEBA
A LOS CONCESIONA-
RIOS EXCLUSIVOS para
ESPAÑA, PORTUGAL
y MARRUECOS

ORBIS, (S. A.)

MADRID: Hortaleza, 17.—Teléfono 44-58 M.
BARCELONA: Balmes, 12.—Teléfono A. 458.
VALENCIA: Mar, 8.
BILBAO: Ledesma, 18.
PALMA DE MALLORCA: Quint, 7.
SEVILLA: Rivero, 7.
TOLEDO: Comercio, 14.

Procedentes de cambios por la sin par máquina de escribir CONTINENTAL, se venden
máquinas de ocasión de todos los sistemas, en buenas condiciones.

CALCULADORAS

ALQUILER

Taller de reparaciones de toda clase. --:-- Accesorios para todos los sistemas.

Especialidad en Muebles de Oficina --:-- --:-- --:-- PIDAN PRESUPUESTOS

Ayuntamiento de Madrid

INDUSTRIA Y COMERCIO DE MADRID

CASAS QUE DEBE USTED VISITAR

MENA
FOTÓGRAFO
CARRETAS, 39
(Frente a Roma)

Tres carnets para identidad 3 pesetas
Ampliaciones de SS. MM. del uniforme
que se desee para cuartos de banderas y
estándares a 25 ptas. *Novedad fotográfica*,
33 calcomanías para aplicarse en
papel, cartas, cintas, esmaltes 5 pesetas

BLANCO HUECAS
para la instrucción reglamentaria de tiro. El más perfecto el más
utilizado y el más económico. Libretas de tiro y facsímiles
Pedidos a las Huérfanas del comandante Huecas
Colegiata, 5, cuarto núm. 1.—MADRID

Admón. de Loterías núm. 16.—P. de Santa Cruz, 2
Su administradora D.^a Felisa Ortega, remite a provincias, ultra-
mar y extranjero los pedidos que le hagan, siempre que vengan
acompañados de su importe

R. FERNÁNDEZ ROJO, GRABADOR
Fábrica de sellos de caucho. Precintos de varias clases
Teléfono, M. 415.—FUENTES, 7.—MADRID

AVISO: La casa que más paga oro, plata,
platino, dentaduras, alhajas y pape-
letas del monte. *Plaza de Santa Cruz, 7 (Platería)*

CASA HERNANDO
MAYOR, 29
Teléfono, 24-85 M
Venta de toda clase de máquinas de escri-
bir. Reparaciones muy económicas, acce-
sorios de toda clase. Cintas, papel car-
bón, tampones y efectos de escritorio. Se
hacen abonos para Madrid y provincias.
Presupuestos gratis

El Arca de Noé ALMACEN DE PAPEL OBJETOS DE ESCRITORIO

CASA ESPECIAL EN SUMINISTRO DE OFICINAS

PAPELES DE HILO Y ALGODON — SOBRES DE TODAS CLASES Y TAMAÑOS
STILOGRAFICAS GARANTIZADAS—LIBROS RAYADOS—TINTAS DE 1.^a CALIDAD

VENTAS AL POR MAYOR Y AL DETALL

CORREDERA BAJA, 39.—TELÉFONO 44-79 M.—SUCURSAL: CALLE DEL PEZ, NÚM. 2.

ESTABLECIMIENTO DE
JORDANA

Príncipe, 9.—MADRID.—Teléfono
4.038

Especialidad en artículos para regalos
con motivo de ascensos y recompensas.



CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES.—BAN-
DERAS PARA REGIMIENTOS.—FAJAS, FAJINES Y CEÑIDORES.—CHA-
RRETERAS, DRAGONAS Y HOMBREAS.—CASCO, GORRAS Y ROSES,
CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN.—
SABLES, ESPADAS Y ESPADINES.—ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BOR-
DADOS.— BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FORRAJERA.— ES-
TRELLAS, NÚMEROS EMBLEMAS Y BOTONES.— CORDONES, GALONES
Y ESPIGUILLAS.— ESPUELAS, ESPOLI-
NES, PLUMEROS Y GOLAS, ETC., ETC.

Al militar que viaja le conviene saber que en Madrid existe la **Pensión Castillo**
Vergara, 6, principal :: :: (Sucursal: Pasadizo de San Ginés, 6)

PENSION DESDE 8 PESETAS :: COCINA ESMERADA :: CUARTO DE BAÑO

CASA ESPECIAL PARA MILITARES

GRANDES ALMACENES DE SALVADOR DELTELL (CASA DEL
VALENCIANO)

RIBERA DE CURTIDORES, 18 — MADRID

Construcción de toda clase de correajes y equipos de caballo para el Ejército — SE PAGAN —
Compra y venta de toda clase de desechos militares en cualquier punto de España ALTOS PRECIOS

Anuncios por palabras

LITERATURA Militar preceptiva, por Fernando Altolaguirre. De texto en la Academia de Caballería. Único libro de consulta, sobre tal materia, para el Cuerpo de oficiales. Precio, con el apéndice, 8 ptas. Pedidos al autor, Lista, 73.—Madrid.

PARA pasar un rato distraído, nada más apropiado. Cervecería-Bar, servido por señoritas. Cádiz, núm. 7

PARA hombres.—Ayer ventruado, hoy enjuto: es que uso las FAJAS DE JUSTO. Probarlas es adoptarlas. Carmen, 10, corsetería.

GRAN HOTEL.—Alicante. Propietario, Miguel Simón. Servicio esmerado. Los militares, mediante la presentación del carnet militar, obtienen una bonificación del 10 por 100.

CLEMENTE Y GARCIA.—Camisería. Ropa blanca. Equipos. Canastillas. Batas. Especialidad en blusas. Calle Mayor, 34. Madrid.

ACERO.—Sastrería militar. Fábrica de paños en Béjar. Proveedor de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra. Se remiten modelos de prendas a las untas económicas. Talleres: San Marcos, 36 y 38. Madrid.

un buen jinete
hace un buen
Caballo
Si deseais
que vuestras
cuadras ga-
nen siempre
emplead



Resolutivo Rojo Mata
Cicatrizante Velox
Anticólico F. Mata



¡¡ TODO NUEVO Y TODO DE OCASIÓN !!

SI QUIERE V. COMPRAR O VENDER Alhajas, Relojes, Máquinas de escribir, fotográficas, Pianos, Pianolas, Gramófonos, Bicicletas, Objetos de arte y fantasía y cualquier clase de artículos, VISITE TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS Y ACUDA POR FIN A LA

CASA ORIA Y GALINDEZ

Calle del Clavel, 8

MADRID

Teléfono 19-31 M

SE CONVENCERA de las VENTAJAS QUE SU LARGA EXPERIENCIA en el NEGOCIO pueden PROPORCIONARLE

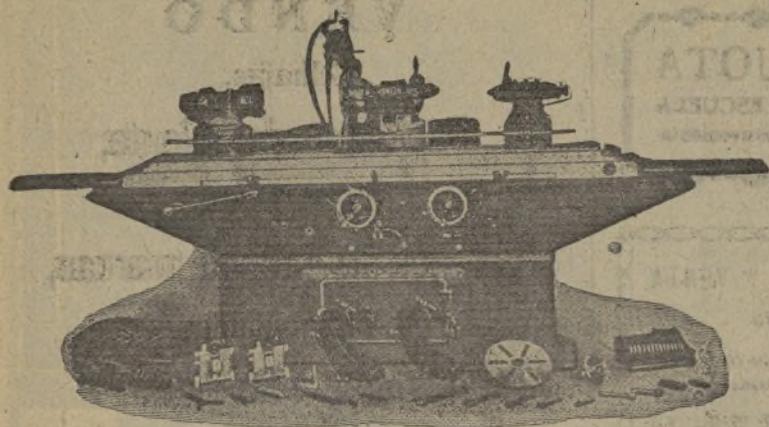
Maquinaria y Herramientas

S. A. M. FENWICK

Consejo de Ciento, 421

BARCELONA

Instalaciones completas para talleres de construcción y reparación y fundiciones de hierro y acero.



Rectificadora "BROWN & SHARPE"

Maquinaria especial para toda clase de trabajos del hierro.

Compresores y herramientas neumáticas.

Aparatos eléctricos de taladrar.

Aparatos de rectificar, eléctricos, aplicables a torno.

Maquinaria de trefilería y trabajo del alambre.

Máquinas de roscar en roscas de madera —:— Aparejos de elevación «YALE»

GRANDES EXISTENCIAS EN NUESTROS ALMACENES

ESTUDIOS Y PRESUPUESTOS GRATIS

PÍDASE EL CATÁLOGO DE HERRAMENTAL

EL MAS EXIGENTE

saldrá plenamente satisfecho de los

Grandes saldos de Colegiata, 2 y 3.

• • •

Pieles, géneros de punto, artículos de seda,

:: guantes, medias, etc., etc. ::

DROGUERÍA, PERFUMERÍA,
CEPILLERÍA, ESPONJAS

Y ARTÍCULOS DE LIMPIEZA

B. LÓPEZ. Atocha, 49.

CASA MUJ BIEN SURTIDA

PRECIOS ECONÓMICOS

PROVEEDOR DE LA 3ª SECCIÓN DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIRO

¿CALLOS?

Ungüento mágico

es el callicida por excelencia. Pregunte a cuantos lo han usado, y oirá usted maravillas. En tres días saca de raíz callos, juanetes y durezas. Pídalo en farmacias y droguerías. 1,50. Per correo 2 pesetas. FARMACIA PUERTO, Pl. San Ildefonso, 4, MADRID

PAGO MÁS QUE NADIE

Alhajas, Oro, Plata, Pedrería fina, Pianos, Pianolas, Bicicletas y Máquinas de escribir

CASA DE COMPRAS Y VENTAS LA OCASIÓN

TOLEDO, 55 - TELÉFONO 197 - MADRID

JESUS MARTINEZ

Especialidad en gorras de plato, roses, chacots y kalpats. Calle Mayor, 67, MADRID. (Frente al café de Platerías.)

BORISOL ANTISÉPTICO Y DESINFECTANTE

Eficaz en las enfermedades de los párpados, nariz, boca, garganta, oídos y de los órganos génito-urinaros.

FARMACIA TORRES MUÑOZ.—San Marcos, 11.—MADRID

RECLUTAS DE CUOTA

Académi para aprender la instrucción a la ESCUELA CIVICO-MILITAR. La mejor y más conveniente.

ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA JOYERÍA - PLATERÍA - RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. Gemelos prismáticos Busch-Zeiss-Goerz. Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. Pianos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. -Teléfono M 4.205 - MADRID

Escopetas. Artículos para caza y viaje. Objetos para regalos. Máquinas de escribir, bicicletas y motocicletas. Pañuelos de Manila y mantillas de encaje

ANTIGUA IMPRENTA MILITAR

DE CLETO VALLINAS

Modelación impresa para todas las Armas y Cuerpos del Ejército. ● ● Objetos de escritura y dibujo.

Despacho: Luisa Fernanda, 5. MADRID

Zalleres: Zutor 1. y Ventura Rodriguez, 17.

Teléfono 1.548 - J

SERNA

COMPRO, VENDO

Alhajas,

Papeletas del Monte,

Oro, Plata,

Relojes de buenas marcas,

Antigüedades,

Pianos, Autopianos

Escopetas,

Máquinas fotográficas,

Gramófonos,

Máquinas de escribir,

Prismáticos

y cualquier objeto de valor

HORTALEZA, 9

TELEFONO, 53-51

ARTICULOS DE OCASION

EFFECTOS MILITARES Y CORDONERÍA

Bandoleras, Ceñidores, Tirantes, Fiadores, Charreteras, Dragonas, Hombreras, Fajines, Fajas, Forrajeras, Galones, Soutaches, Cordones de ayudante, para medallas, bastón, Espadas, Espadines, Sables y Condecoraciones

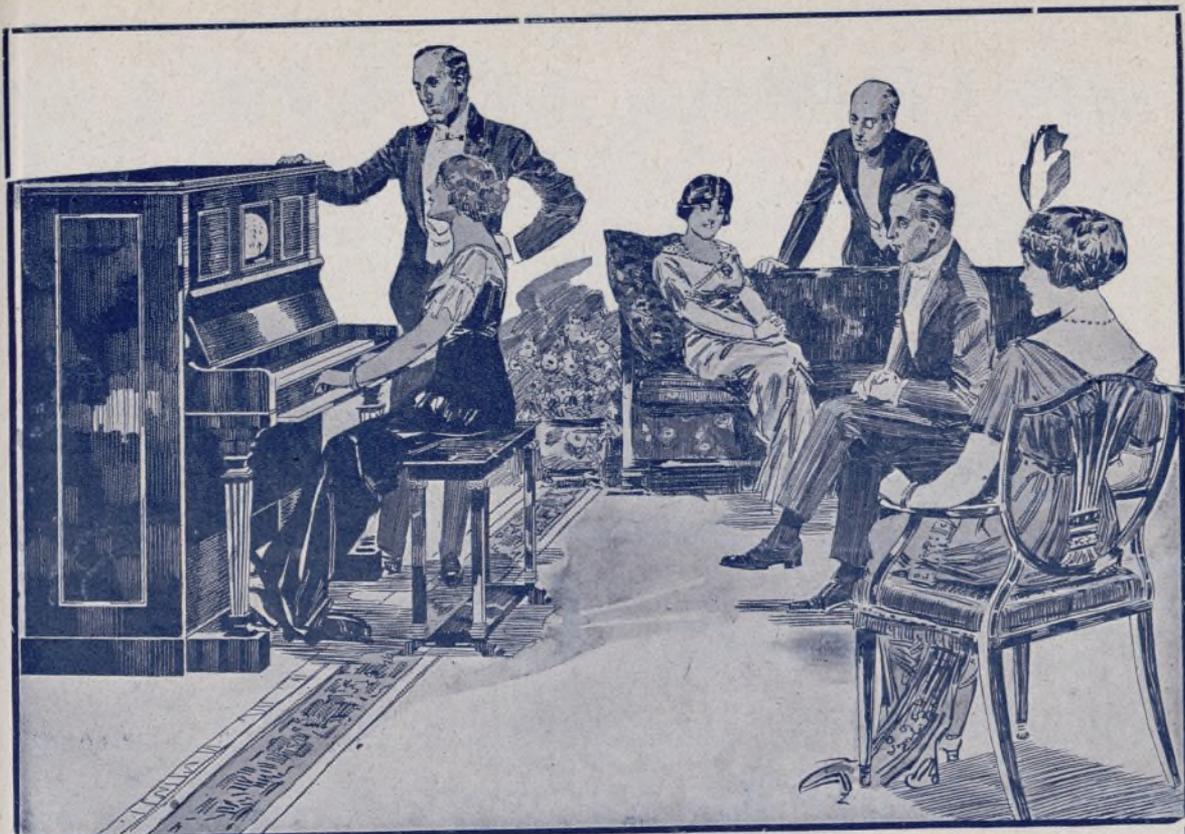
CELADA

Mayor, 31 - MADRID

Teléfono 2274

Fábrica movida por electricidad

Espuelas, Espolines, Golas, Plumeros, Gorras, Gorros, Roses, Entorchados, Botones, Emblemas, Números, Estrellas, Bordados, Cintas, Rosetas, Lazos, Canutillos, Lentejuelas y Materiales para bordar



El "Pianola-Piano"

es el único instrumento autopianístico que ha merecido los elogios de
TODOS LOS GRANDES MUSICOS CONTEMPORANEOS

EL "PIANOLA"-PIANO

es el adoptado por el Vaticano, SS. MM. los Reyes de España, de Inglaterra, de Italia,
de Bélgica, de Suecia..... y por las más prestigiosas

INSTITUCIONES MUSICALES DE TODOS LOS PAISES

y es, a la vez, el de mayor garantía y el más barato

VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS

THE ÆOLIAN COMPANY

S. A. E.

AVENIDA CONDE PEÑALVER, 24

MADRID

Ayuntamiento de Madrid

SANTIAGO SANCHEZ QUINONES



ACCESORIOS

para Automóviles, Globos y Aeroplanos

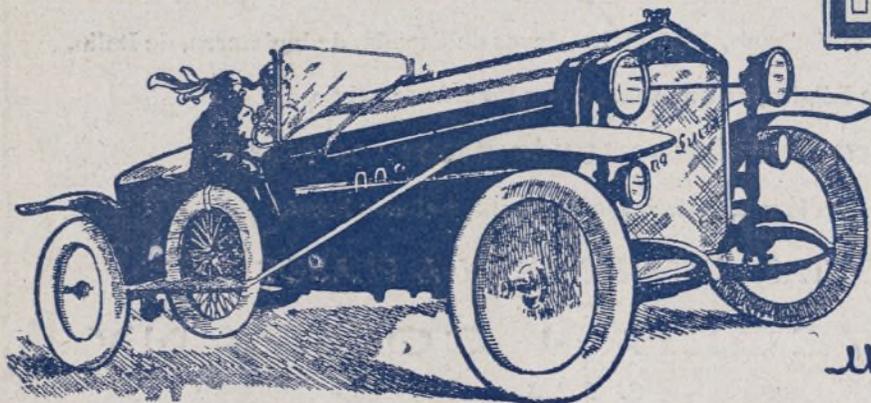
PROVEEDORES DE LA AERONÁUTICA MILITAR DE ESPAÑA

Motores NAPIER para aviación.—Cables de goma.—Tensores.—Tubos de acero.—Cuerdas de piano.—Cables de alta.—Cojinetes de bolas.—Hélices. Neumáticos.—Ruedas metálicas.—Telas para globos.—Trajes eléctricos para aviadores.—Tornillería de acero.—Aceites y grasas OLEOSOL, etc.

TELÉFONO J-1342

ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



M. Viñals

Imp. de ARMAS Y LETRAS. Tutor, 6.—MADRID

Ayuntamiento de Madrid



(DIALOGOS MILITARES)

CARTAS ENTRE JUAN Y PEDRO

Querido Juanico: ¿t'ha pasao algo?... ¡ridiez! que no m'hace gracia eso de no haber tenío carta tuya en este correo y a mas, como leo en los papeles qu'habéis tenío estos días una custión con esos tozudos mojametes, me pienso si t'habrán agujerao la cocota u alguna otra parte prencipal, y eso que, en la guerra, pus, ya se sabe; caen, los que tienen que caer y los que no... nada y tu eres de los que no ¿verdad? a ver si a la otra semana me cuentas algo, por que dice un mi sobrínico que si tu me contas cosas, será que no t'han hecho daño; t'advierdo que el chiquillo, no tié entoavía mas que catorce años ¿no te paece qu'está masió espabilao?

Aquí, mayormente, no tenemos muchas cosas que icir a los amigos curiosos: lo que mas enjundia tié, segun icen algunos, manque yo no se la veo, es que los Reyes y toa su familia, han dío a pasar el cumpleaños del rey a Barcelona y jueron a felicitarle la mar de presonajes dende Madrid y tóo lo qu'allí s'hace otras veces, pos, esta, s'hizo en la tierra del furriel.

¿Le ves tu algo raro a la cosa? es como si tu, pongo por un sucedío, tiés qu'ir a felicitar al señor obispo: si no está en el pueblo, tendrás tu qu'ir a la ciudad o ¿va a ir el güen señor aonde estás tu? amos que a esos qu'escriben en los papeles, se les ocurre cá cosa.

T'advierdo maño, que en Barcelona, li han hecho un palacio mu majo al Rey y se lo han regalao y tenia qu'ir a velo y agradecer el obsequio y no iba a estar allí solo dos u tres días, como si tuviá prisa: las cosas, tién que ser como son ¿no te paece? la verdá es, que en eso de sacale punta a las cosas, en los Madriles saben hacelo y algunas veces, tienen razon, pero ¡reconcho! si se quien meter en tóo, pos, en alguna cosa s'equivocarán.

No creas tu, que los catalanes, creo yo que son tóos tan lagartos como el furriel ¿que dirás que están haciendo, dende que tienen allí a los reyes? pos, aquello que icimos, —«por la peana s'adora al santo»— no saben qu'hacese con el príncipe d'Asturias, que ya es un mozo, hecho y derecho y mú templao y sabe la mar: a tóos los puestos aonde va, pá el son los vivas y los aplausos y ¡claro! pos ni que icir tiene, lo qu'al Rey y a la Reina, les gusta que festejen asín al chico, y lo que mas les gustará es que el muchacho, que no se si sabrás, es sargento de infantería, se lo merece tóo: es mú español, pero de verdá.

Este mes y algo del que viene, parejo que si estuvieramos en el Otoño, cuando ya las cosechas s'han

convirtió en perras: va a haber la mar de fiestas y como vienen los Reyes de Italia a pagale a los nuestros la visita que le hicieron, no te digo la que s'armará de juergas en tóos los sitios que van a ver ¿verdá qu'es mas mejor qu'andemos en fiestas que no a trompás? cuando se tié gana de cachupinadas, es qu'hay buen humor y el qu'está contento no hace ná malo: güeno: ya te he icido lo mas prencipalito que por aquí ocurre: me paece que por lo que pagas no se te pué icir mas.

En el pueblo, estamos ahora la mar de divertíos: no te choque; está el campo que da gusto velo y las huertas y tóo: si no viene algun pedrisco d'esos que suele traer S. Juan, vamos a comer mas fruta y mas güena, que en tres u cuatro años: por eso, cualsiquier cosa, hace que se ponga la gente mu contenta: de toas maneras, lo que nos hace estar divertíos, tié mucha gracia, no creas ¿que no? vas a velo.

Fegurate que pa poer tener elecciones, han comenzao por hacer una lista de tóos los que puén votar y están vivos, por que icen que en los papeles qu'había, eran muchos los muertos ¡mira que ni aun dimpués de morise dejalo a uno en paz!

Verás lo que yo igo que tié mucha gracia: pa hacer esa lista, han llevao a las casas unos papelicos en los que tién qu'apuntase toas las presonas que tengan mas de ventitrés años y ¿que dirás qu'ha pasao, lo primero? pos, que como han de apuntase las mujeres qu'entoavía no están casás, han desapareció del pueblo toas las chicas que icíamos tenían ya veinticinco años: mía qu'es suerte ¿eh? toas son la mar de jovencicas.

¿T'acuerdas de la Ruperta, la hemanica de Andrés, que lo llevaba de la mano a la escuela, cuando el era chiquituco? güeno, pos asombrate de lo equívocas qu'estabamos: manque tenga el ventiseis y ella sea mayor, aun no ha cumplío los ventitrés: ice mu seria, que no le falta mucho, pero que no los tiene aun.

El señor Cura, está pa golverse loco y el caso es pa tóo: cavila que el güen hombre lleva treinta años en el pueblo y s'ha encontrao con que algunas chiquetas que el s'encontró ya bautizadas, entoavía no tienen ventitrés: si te digo que con mujeres... aun tié mas gracia, lo qu'ha ponío en el papel la tia Rosa, la viuda del Estozolao: su hija, la Baltasara, que ya t'acordarás es viuda, han confesao, pa votar, treinta y dos años y la madre, no tié la probecina mas que treinta y nueve: ice el albeitar que la va a llevar a una feria, porque mujeres que tengan crios a los siete, no ha habío mas qu'ella.



CASTILLA



CASTILLA... Cascos, lanzas. Un noble que conjura,
Un monje que combate y un guerrero que ofrenda.
Pasa el Cid con el hierro y el sol de su armadura.

Hay ecos de campana y aroma de leyenda.

Hierro, superstición, romances y concejas.

Lanzan las catedrales al cielo sus agujas.

Pasan en los crepúsculos bandadas de cornejas

Y a media noche vuelan, sobre escobas, las brujas.

La «gaya ciencia» es gala de la Corte; y trofeo

Del Poder teológico, la escolástica hueste.

Reza en «guaderna vía» Gonzalo de Berceo

Y rima, con un gesto burlón, el Arcipreste...

¡Las Navas de Tolosal Por la cruz de su espada,

Se arroja el castellano león a la cruzada

Y el alma de Castilla retumba en su clarín.

Cébanse los aceros en la morisma inerte...

¡Y sobre un corcel árabe, huyendo de la muerte,

Vuela la verde túnica del Miramamolín!

FERNANDO AHUMADA.



EL HOMBRE INVISIBLE

Dartois se dispone a leer, sentado en un muelle sillón, en su confortable cuarto de soltero.

Entra Julia, la criada, a anunciarle la visita del doctor Bonnier.

EL DOCTOR (*cinquenta años, barba entrecana*).— ¡Hola, Dartois!... ¿Cómo vamos?

DARTOIS.—Ya lo ves: empezando a envejecer.

EL DOCTOR.—¿Tú?... ¡Pero si estás más joven cada día!...

DARTOIS.—¡Que los cielos te protejan, por los siglos de los siglos!

EL DOCTOR.—¿Qué estás leyendo? ¡Ah! «El hombre invisible». (*Sentándose.*) No puedes figurarte las veces que pienso en lo agradable que sería poder permanecer invisible, aunque no fuera más que por un par de horas.

DARTOIS.—Sí, la verdad es que se venían cosas...

EL DOCTOR.—Y ciertamente existen seres de esa especie.

DARTOIS.—¡Cómo!

EL DOCTOR.—Para no citarte más que dos, recuerda a nuestro amigo Chauvet, a quien hace seis meses



que no se le ve el pelo, y a Trevoux, que no sé si pertenece aún al mundo de los vivos.

DARTOIS.—Es verdad; ese par de buenas piezas han desaparecido, pero yo me encargo de hacerles visibles otra vez. Ven a almorzar el domingo y los encontrarás aquí. Si no te opones, convidaré también a un joven que me han recomendado: al hijo de mi amigo Paterne, que vive en provincias desde hace tiempo. El muchacho se llama Florencio, y, según dicen, es el prototipo del buen chico: virtuoso, aplicado, de irreprochable conducta... Vamos, un mirlo blanco.

EL DOCTOR.—Pues que venga también el mirlo blanco, aunque a mí me gusta más la gente alegre, sobre todo en la juventud.

El domingo siguiente están reunidos los convidados de Dartois. Sólo esperan, para sentarse a la mesa, la llegada del joven Paterne.

DARTOIS (*mirando al reloj*).—No me lo explico. ¡A que resulta que ese modelo de buena educación nos da un mico! Como a las doce en punto no esté aquí, a la mesa todo el mundo, sin esperarle. La verdad es que, a pesar de la amistad que profeso a su padre, ya me va cargando ese fenómeno. ¡Qué diantre! No hay derecho para ser tan formal, tan serio y tan juicioso a los veintitrés años. Parece un tratado de moral andando.

TREVOUX.—¡Caracoles! Con semejante convidado no va a ser el almuerzo muy alegre que digamos.

DARTOIS.—Ya me arrepiento de haber convidado a ese ciprés... Pero estad tranquilos, que si se pone demasiado latoso, yo me encargo de hacerle cerrar el pico.

CHAUVET.—No, déjame a mí; corre de mi cuenta... Se me ha ocurrido una idea...

La conversación continúa en voz baja y en misterio. Julia se entera también del «complot».

Por fin, aparece el joven formal. Es un mocetón pálido, de ojos tristes. Viste levita y corbata negras. Saludos ceremoniosos y presentaciones.

FLORENCIO (*con la voz opaca y humilde*).—Perdónenme ustedes, señores; vengo de oír misa...

CHAUVET (*aparte*).—¡Vaya un tipo divertido!

El almuerzo, a pesar de ser exquisito y de estar servido por Julia, empieza sin la menor animación. No obstante los esfuerzos que hace el anfitrión para animarlo, los cuatro amigos permanecen como molestos con la presencia del fúnebre Florencio.

Este empieza a hablar largo y tendido acerca de la cofradía a que pertenece. De pronto, Chauvet aborda la conversación que habían preparado, y dice al joven, interrumpiéndole:

CHAUVET.—¿Qué opina usted de «El hombre invisible»?

FLORENCIO (*sorprendido*).—¿De «El hombre invisible»?

CHAUVET.—¿No conoce usted esa novela de Wells?

FLORENCIO (*con aire de superioridad*).—Esas son locuras de la imaginación, que no me interesan lo más mínimo.

DARTOIS.—Sin embargo, no debe usted ignorar que la invisibilidad no es una patraña.

FLORENCIO.—¡Cómo! ¿Pretenderá usted que un ser humano puede hacerse invisible?

DARTOIS (*señalando al doctor*).—Lo que ayer no era más que un sueño de la imaginación es hoy una realidad, gracias a los experimentos de nuestro amigo el doctor Bonnier.

FLORENCIO (*en tono de burla, al doctor*).—¿Es usted americano?

EL DOCTOR.—Soy modestamente francés; pero llevo ya hechos cincuenta y tres experimentos.

FLORENCIO.—¿De veras? Pues, la verdad, me gustaría ver a una de esas cincuenta y tres personas a quienes ha hecho usted invisibles.

EL DOCTOR.—Me sería muy difícil hacérselas ver.

FLORENCIO.—Es verdad.

DARTOIS.—Amigo mío, no lo dude usted; yo, en persona, he asistido a siete desapariciones.

CHAUVET.—Y yo a dos; pero he de confesar que una de ellas resultó mal.

EL DOCTOR.—Porque se trataba de un alcohólico. El alcohol se opone completamente a la asimilación de mi producto.

FLORENCIO (*muy interesado*). — ¿Es decir, que se trata de un producto?

EL DOCTOR (*sacando una cajita de tabletas medicinales*). — Aquí lo tiene usted. Una de estas tabletas puede hacer invisible a una persona de cien kilogramos de peso durante tres cuartos de hora.

FLORENCIO. — ¡Es posible! Entonces, a mí, que no peso más que setenta, me haría invisible una hora.

CHAUVET (*con admiración*). — ¡Pero qué bien sabe contar!

FLORENCIO (*con modestia*). — ¡Bah! premio de honor en matemáticas, nada más.

Le felicitan exageradamente. Florencio está encantado.

El doctor ha vuelto a guardar la caja, y los cuatro amigos continúan la conversación, procurando llevarla de tal modo, que Florencio acaba por decir:

FLORENCIO. — Oiga usted, doctor: ¿tendría inconveniente en darme una de esas maravillosas tabletas? Quisiera probar sus efectos uno de estos días...

EL DOCTOR. — Con mucho gusto... Pero, ¿por qué no probarlos ahora mismo?...

TODOS. — ¡Sí..., sí! Ahora mismo.

FLORENCIO. — No tengo inconveniente; pero les advierto que no lo podré creer hasta que... ¿No puede hacerme daño?...

EL DOCTOR (*dándole una tableta*). — No tenga usted cuidado... La operación se realiza en cinco minutos y sin producir el menor dolor.

FLORENCIO (*maravillado*). — Entonces...

Echa agua en un vaso y en ella la tableta medicinal, y bebe.

FLORENCIO. — ¿Y la levita tampoco se verá?

EL DOCTOR. — Tampoco: todo desaparece.

DARTOIS (*aparte*). — ¡Qué idiota!

EL DOCTOR (*mirándole ligeramente*). — ¡Es extraño!

FLORENCIO (*asustado*). — ¿Qué pasa?

EL DOCTOR. — Que se le ve a usted perfectamente.

FLORENCIO. — ¡Ya me lo figuraba!

EL DOCTOR. — Es la primera vez que me sale mal...

TREVoux. — Perdone, la segunda; ¿y el alcohólico?

EL DOCTOR. — ¡Ah! ¡Es verdad!... ¿Sería usted un alcohólico, por casualidad?

FLORENCIO (*ruborizándose*). — ¡Yo!

EL DOCTOR. — En fin, alcohólico o no, el caso es que el experimento no ha dado resultado esta vez.

FLORENCIO. — ¿Y si tomase otra dosis?

EL DOCTOR. — No; es inútil. Es que usted es un mal sujeto, nada más.

FLORENCIO. — ¡Cómo un mal sujeto!

EL DOCTOR. — Sí, un mal sujeto para el experimento. Los cuatro amigos siguen hablando de otra cosa, sin hacer el menor caso de Florencio. De pronto, Dartois dá un grito de asombro.

CHAUVET. — ¿Qué te pasa?

DARTOIS (*señalando a Florencio*). — ¡Ya no se le ve! ¡Ha resultado bien la prueba!

TREVoux (*maravillado*). — ¡Es verdad!... ¡Se ha vuelto invisible!

EL DOCTOR. — ¿Qué decís ahora?

Florencio no cesa de mirar a su alrededor, cada vez más asombrado.

CHAUVET. — ¡Vamos, hombre! ¡A otro perro con ese hueso! Ese joven ya no está aquí. Se ha marchado mientras hablábamos.

FLORENCIO (*con voz emocionadísima*). — No, señor, no. No me he movido de mi asiento.

CHAUVET. — ¡Es asombroso!

Todos felicitan al doctor, el cual da detalles técnicos y cita varios casos... Y después cesan de ocuparse de Florencio, pero sin perderle de vista.

Este, pasada la primera emoción, empieza a encontrarse a gusto, a mirar a los convidados con insolente desprecio, a hacerles muecas y a reírse de ellos en silencio.

Se sirve tres o cuatro copas de vino, mete los dedos con delicia en una fuente de crema y, por último, echando la silla hacia atrás, coloca los pies sobre el mantel, sonriendo con insolencia.

Los cuatro amigos, a quienes la indignación impide soltar la risa, hacen esfuerzos inauditos para continuar hablando con naturalidad.

De pronto, Julia lanza un grito al pasar cerca del invisible; éste acaba de darle un apretado abrazo.

DARTOIS. — Pero ¿qué diablos le pasa a usted, Julia?

JULIA (*ruborizada*). — Nada, señor; que he resbalado.

FLORENCIO. — ¿Sigo siendo invisible, señores?

TODOS. — Completamente.

FLORENCIO (*aparte*). — Entonces me largo.

Se levanta, dirigiéndose a la puerta. Pero, con gran sorpresa de los demás convidados, al llegar a ella vuelve sobre sus pasos y mete mano a los cubiertos de plata.

Dartois, levantándose, se dirige hacia Florencio, y poniéndole la mano en el hombro, le dice:



DARTOIS. — Usted dispense...

FLORENCIO (*consternado*). — ¡Pero!...

DARTOIS. — Oiga usted, joven: que nos haga usted guiños, que meta los dedos en la crema y que ponga usted los pies sobre el mantel..., que abrace usted a la doncella, pase... Pero eso de llevarse los cubiertos sin mi permiso, es ya demasiado. ¡Es usted un imbécil y un canalla!

ANDRÉS MYCHO.

EL SARGENTO SOTO

Finalizaba el siglo XVIII.

Durante todo él, numerosas escuadras españolas surcaban los mares conocidos.

Queridas de sus Reyes, con recursos extraordinarios aportados de nuestras Américas, tripuladas por soldados y esclarecidos marinos, puede decirse que con nobleza, valor, ciencia y riqueza, parecían aunar todas las energías de la Patria.

Entre los buques que se construyeron, los que fueron adquiridos y los apresados al enemigo, es lo cierto que llegó nuestra escuadra en el expresado siglo a constar de más de 500 naves entre navíos, fragatas, corbetas, urcas, jabeques, bergantines, balandras, paquebotes, goletas, bombardas, galeras y otras, de ellas 214 de los primeros y 152 de los segundos, con un total de más de 23.000 cañones.

Verdaderamente llena de admiración la obra realizada, los caudales invertidos, la ciencia y trabajo empleados en un tiempo que presencia el hermoso espectáculo de lanzar a la vez doce navíos al agua, y que justifica por sí solo los títulos de gratitud al privilegiado talento del intendente general Patiño, si no hubiera otros mayores para considerarlo como el verdadero fundador de la Marina militar.

Tan inmenso poderío iba, sin embargo, eclipsándose al empezar nuestra narración, 1793; ya entonces se habían reducido nuestras escuadras a 63 navíos, y se llena de tristeza el alma al contemplar nuestras desdichas navales, evidenciando que no bastan los buques para formar marina, si el país no cuenta con los recursos y elementos necesarios para sostenerlos.

Su personal, confundido con el del Ejército, rompe el límite que los separa para formar el soldado de la Patria. Unidos sufren las penalidades de la vida del mar, y al regar con su sangre las cubiertas y baterías del buque, comparten por igual con el marino las glorias adquiridas.

Escasas las matrículas para tripular tan numerosa armada, se imponen las levas; ni los bandos ni las promesas que se hacían a los marineros, dice el ilustre marino Escaño en el diario de sus operaciones, bastaran a satisfacer esta necesidad; para sostener fuerzas, aunque aparentes, llenáronse los buques con un personal anciano, achacoso, enfermo e inútil, que, de ser escogido, no podría servir para tripular 12 de los 25 navíos que se armaron en Cádiz. Embarcáronse en esta escuadra, además de toda la tropa de infantería y artillería de marina, 600 artilleros del ejército y 1.600 fusileros en reemplazo de marineros, lo que era menos malo que la gente de leva, según el expresado General.

Las tropas de mar son auxiliadas a su vez con los ocho batallones de los regimientos de Asturias, Es-



paña, Ordenes Militares y Princesa, incorporados a la Marina en 1796.

La insuficiencia de las Academias de Guardias marinas para dotar de oficiales al buque obligó a solicitarlos del Ejército, los que, sin gran esfuerzo, llegaron prontamente a formar parte de la Marina misma, que no tuvo que arrepentirse de ello.

Con tales elementos, ¿qué se podía esperar? Detenido el buque en el puerto por falta de personal, desguarnecidos los unos para armar otros, a veces a la presencia misma del enemigo, como sucediera en Tolón; tripulados por extranjeros, sustituido el marino por el soldado y dotados siempre con un personal sin condiciones para el servicio, he ahí el cuadro que presenta nuestra Marina en el siglo pasado, y que justifica su desventura.

¿Podía ser la Marina responsable de tal situación? Indudablemente no, cuando era la llamada a soportarla; y si no supo o no pudo vencer, murió siempre con gloria; deshonrada, jamás; sin embargo de ello, en esta época brillaron sus oficiales en todos los ramos del saber humano.

Combates, naufragios, incendios, penosas y difíciles navegaciones, descubrimientos y trabajos científicos constituyen el modo de ser de nuestra Marina, trayendo a la memoria el recuerdo de esclarecidos marinos que, con indomable valor y profundos conocimientos, arrancaron ya el secreto que guardara la Naturaleza, ya la victoria disputada por las armas enemigas.

En la azarosa vida del marino en aquel entonces, ¿cuántos nombres han quedado olvidados, cuántos héroes desconocidos, cuántas hazañas sin la debida recompensa, cuyo secreto guarda el mar como sudario digno a nuestras glorias militares! Entre estos he-

chos vamos a recordar uno que, por lo singular, no carece de interés.

El eco de nuestros combates navales, alejándose del mar, repercute en la montaña, pregonando las hazañas españolas, y al hacer latir con entusiasmo el corazón de la juventud, hace que el varonil espíritu del joven Antonio Soto se vea arrastrado por aquel afán de gloria y que ingrese voluntariamente al servicio de la Marina en la villa de Aguilar, obispado de Córdoba, en 26 de junio de 1793.

Apenas con diez y seis años de edad y con la robustez necesaria para el penoso servicio del mar, ingresa en la 6.ª compañía del 11.º batallón de las tropas de mar, donde, recibida su primera instrucción militar, embarca en la fragata *Mercedes*, para hacerlo más tarde en la *Matilde*, donde obtiene su licencia absoluta.

En los cinco años y cuatro meses que permanece en filas asiste, entre otros, a las acciones y combates de Bañuls (Cataluña). En el memorable sitio de Rosas, en la escuadra del general Gándara, tan combatida por los elementos, logrando, sin embargo, salvar su heroica guarnición, juzgada como tal por sus propios enemigos. En el combate de San Vicente, a las órdenes del general Córdoba, en donde presencia batiéndose los prodigios de valor realizados en este día, que perdimos los navíos *San José*, de 112 cañones, *El Salvador* y *San Isidro*, de 74, y *San Nicolás*, de 84, apresados por la escuadra del almirante inglés Jervis, más tarde conde de San Vicente, acompañando después el buque que tripulaba Soto, o sea la fragata *Mercedes*, al navío *Trinidad*, prisionero y rescatado durante el combate, que, desmantelado del todo, se dirige a Cádiz, donde se refugia más tarde la escuadra.

Atacada esta población por el almirante Nelson en julio de este año, es rechazado.

Dice un historiador: «Los combates en el 3 y 5 de julio fueron terribles y gloriosos; el de nuestras lanchas, obstinado y sangriento; admirado el Almirante inglés del valor de nuestros marinos, abandona la plaza.»

En estas lanchas combatía también Antonio Soto, y a propósito de estos combates, hemos de recordar un cantar del pueblo gaditano, que hace el mejor elogio de ellos, y es como sigue:

¿De qué sirve a los ingleses
tener fragatas ligeras,
si saben que Mazarredo
tiene lanchas cañoneras?

Estos hechos, que en cualquier hombre fueran dignos de la consideración de todos, son más de admirar si se tiene en cuenta que fueron llevados a cabo por una mujer.

Delatada como tal el soldado Antonio Soto, que sirviera en la fragata *Matilde*, siendo su verdadero nombre Ana María Antonio Soto, según comunicación del General de la escuadra Sr. Mazarredo, es

desembarcada por esta circunstancia en 7 de julio de 1798, obteniendo, como consecuencia natural, su licencia absoluta en 1.º de agosto del mismo año.

Ajustada y librados los fondos por la Intendencia general del Departamento de Cádiz del que sirviera en la Marina con el nombre de «Antonio Soto», «es recobrada—como dice el general Mazarredo—en San Fernando por sus ancianos y pobrecitos padres, que habían llegado al expresado punto implorando en su viaje la caridad pública».

Las recompensas obtenidas por esta singular mujer nos darán a conocer el mérito y el valor de los servicios prestados.



En 24 de julio de 1798, y en atención a la heroicidad de esta mujer, la acrisolada conducta y singulares costumbres con que se comportó durante el tiempo de sus apreciables servicios, se dignó S. M. concederle dos reales de vellón diarios por vía de pensión, y más tarde, en diciembre, el grado y sueldo de sargento primero, por su acrisolada virtud y heroísmo en los combates, pudiendo usar sobre el traje propio de su sexo los colores del uniforme de Marina como un distintivo militar.

Si se tiene en cuenta las vicisitudes de la Marina en aquel tiempo, en que se probaron a diario las virtudes militares y el modo de ser del soldado y mari-

nero en el buque, no puede menos de admirarse el cúmulo de circunstancias favorables que concurrían en esta mujer. Joven y fuerte, si luchó con fortuna contra los enemigos de la Patria, ¿quién será capaz de romper el misterio de su corazón en las borrascas de la vida, ante las pasiones propias de la edad en el buque, allí donde la vida de uno se confunde con las del conjunto de nutridas dotaciones?

La mujer, ser débil que aúna a veces la fortaleza de todos, más propia para combatir que para disfrutar, encarnación de las cualidades más hermosas de la vida; ángel del hogar en la familia, es la luz que brilla en las tinieblas, el bálsamo que alivia nuestros males; en la desgracia, en la soledad que siempre la acompaña, es la fe, es la esperanza, es la caridad, es el valor que admira el hombre sin poderle imitar. A la cabecera de un enfermo, ninguna con mayor resistencia; en el infortunio, ninguna con más valor; en los consejos, ninguna más prudente: diríase que recibe la inspiración del cielo, como fuente inagotable del bien.

En la Patria, ¿quién no recuerda nuestras heroínas en Zaragoza, Coruña y Madrid, infundiendo valor al veterano en los sitios de mayor peligro y blandiendo en la diestra el arma que ha de llevar el terror a las filas enemigas? En las campañas muere al lado del herido; en los hospitales, del enfermo, y en las epidemias es la única que sin abandonarlas jamás sufre sus terribles consecuencias.

Escritos estos renglones a la ligera y sin otro propósito que el de dar a conocer a nuestra heroína, nada diremos de sus antecedentes y vida posterior; bastan a nuestro propósito los hechos reseñados, que comprobamos después para que otros, en mejores condiciones, escriban una historia digna de ser conocida en nuestros fastos navales.

Acrisolada virtud y heroísmo.

He aquí personificadas en la vida militar de esta singular mujer las hermosas cualidades de nuestra Marina de guerra.

FÉLIX SALOMÓN.

CUANDO COMIENZAN A FLORECER LAS ROSAS

El viejo jardinero poseía una infinita variedad de rosas.

Haciendo el papel de los abejorros, llevaba el polen de una flor a otra, efectuando el cruzamiento entre los ejemplares más diversos. De esta manera obtenía nuevas variedades, que él amaba con verdadera pasión, y que despertaban la envidia de los que no sabían imitar como él a los abejorros.

Como nunca regalaba a nadie una flor, adquirió fama de hombre egoísta, de hombre malo.

Un día, una hermosa señora fué a visitarle. Y salió también de allí con las manos vacías. Y al repetir a quienes quisieran oírlas, que fueron muchos, las palabras que le dijera el jardinero, además de tenerle por egoísta, por malo, le tuvieron también desde entonces por loco; y nadie volvió a ocuparse de él.

Porque el viejo jardinero le dijo a la señora:

—Es usted tan amable y tan hermosa, que gustoso le regalaría todas las flores de mi jardín. Pero es el caso, señora, que, a pesar de mis años y mis estudios y de mi práctica constante, aún no he aprendido a descubrir en dónde comienza una rosa a ser rosa, para poder cortar la flor; para cortarla justamente por aquella parte, y poder así regalar una flor entera y viva... ¿Se ríe usted de mí, señora? ¡Oh, no se ría; yo se lo ruego!...

Y el viejo jardinero llevó a la señora hermosa ante su rosal favorito, en que florecían, en la variedad más extraña que pudo lograr, grandes capullos rojos en forma de corazón abandonado entre espinas.

—¡Vea usted, señora!—dijo el jardinero mientras sus dedos viejos y sabios acariciaban la flor.— Yo he seguido siempre el curso del florecimiento de las rosas. Estos pétalos rojos salen del cáliz como las llama salen de una hoguera pequeñita. Y qué: ¿es posible separar de su hoguera una llama y conservarla ardiendo?... El cáliz se achica al secarse, se adelgaza y se funde insensiblemente en el largo pedúnculo. Y

el pedúnculo, a su vez, penetra en la rama y se hace uno con ella, sin que nadie pueda precisar cuándo termina el uno y adónde comienza el otro... Y he observado muy bien que el tronco del rosal empalidece poco a poco al internarse en el suelo; y que las raíces, a su vez, están unidas íntimamente a la tierra y como formando con ella un todo, por los jugos que de la tierra penetran por las raíces para alimentar la planta, que es dar vida a la rosa...

Y pues que así es esto, señora, ¿cómo separar del rosal con vida una rosa para regalarla, si no se puede saber adónde la rosa empieza?... Si cortara una de estas flores para regalársela a usted, le regalaría sólo una corola linda, arrancada violentamente de su madre, el rosal. ¡Y bien sabe usted, señora, cuán pocos minutos conserva de vida un miembro arrancado del cuerpo vivo!...

Así es que cuando, llegado su tiempo, observo cómo se abren los capullos hinchados de mis rosas, yo, que tanto estudié para saber adónde comienza el rosal a florecer, nunca me atreví a decir: —¡He aquí que mis rosales florecen!— Y por eso exclamo siempre: —¡Bendita sea la tierra, que ya está florida!

Cuando joven, era yo rico, fuerte, hermoso y bueno. Y en el tiempo me amaron cuatro mujeres... ¡Pero, no! Una amó mis riquezas; otra, mi fuerza; otra, mi hermosura, y otra, mi bondad. ¡Y las cuatro me abandonaron!... Yo, entonces, fui un rosal de cuatro rosas. Y mis rosas duraron lo que duran las rosas: una primavera. ¡Y yo, el rosal, llevé muchas primaveras de vida sin haber vuelto a dar flores!... Por eso desde entonces no volví a dar una rosa de mi jardín. Y les digo a cuantos vienen a admirar mis rosales y a pedirme una rosa: —¡No te entusiasmes con los hechos aislados! ¡Si eres capaz de limitar alguno, anda y corta una rosa allí adonde empieza a florecer!

PEDRO PRADO.

DEL IMPERIO LEGENDARIO DE ETIOPIA

La visita que ha hecho a Francia el príncipe Tafari, regente del imperio de Etiopía y heredero de la corona, no sólo tiene una significación moral y política, sino que ha ofrecido una particularidad curiosa: jamás, desde la legendaria reina de Saba, había salido de sus Estados ningún soberano etiópico, ni aun heredero de la corona.

En su primer contacto con el Viejo Mundo no ha podido ocultar su regocijo. Bajo el cielo de Francia rememoró los lazos tradicionales que la unen con Etiopía, que se remontan al primer cuarto del siglo XVII.

Cuando se habla de Etiopía, un gran nombre surge: el de Menelik II, padre de la emperatriz Zaoditou y tío del príncipe Tafari. Era hombre de vasta inteligencia, gran político, notable organizador y guerrero valeroso; reunía además una gran perspicacia en todos los asuntos y una gran bondad. Frecuentemente mantenía a la cabeza de las provincias conquistadas a los mismos jefes a quienes había vencido, haciendo de ellos sus más preciosos

auxiliares. Seguía así la tradición de los grandes conquistadores romanos. Fué Menelik II el primero que introdujo en Etiopía reformas profundas y los descubrimientos más recientes de la ciencia. Desde 1889 intentó la abolición de la esclavitud; hizo instalar el telégrafo y el teléfono en diferentes sitios de su imperio; construyó carreteras y puentes; impuso la vacunación obligatoria; favoreció la instalación de los establecimientos sanitarios y concedió a una compañía francesa el ferrocarril que une

a Etiopía con la costa y, por lo tanto, con las naciones europeas.

Este país, cuyo nombre aun conserva cierto misterio, está llamado, en adelante, a brillar con llama cada vez más viva.

Etiopía tiene una superficie bastante más grande que España y cuenta con 15 millones de habitantes. Aparece — como dice Reclus — como una ciudadela rocosa, cuyo pedestal sobrepasa en grandeza al de todos los otros sistemas orográficos del continente.

La riqueza de Etiopía está constituida casi únicamente por su agricultura y cuatro productos que son objeto de una gran explotación: el café, las pieles, la cera y el ébano.

La Etiopía se divide en cuatro grandes grupos:

Los *Choans*, raza dinástica, que son—cuando su tipo ha quedado puro—especies admirables de la raza humana.

Los *Oromos*, laboriosos agricultores, de tipo pequeño y tez más cobriza que los *choans*.

Las tribus hamíticas del desierto: los *So-*

malis y los *Danakil*, y las razas de las vertientes del Nilo: los *Chankallas*.

El imperio etiópico forma un Estado, cuya organización militar y centralizada recuerda la época carolingiana francesa, aunque una sabia política de reformas le oriente hacia formas modernas de gobierno. El emperador, rey de los reyes, ejerce una autoridad casi absoluta. Al frente de cada reino o de cada provincia hay un rey o un virrey. Los distritos y los pueblos en que están divididas y subdivididas



El Príncipe Tafari, heredero regente del trono de Etiopía y su esposa la princesa Manen

las provincias están administrados por *choums*, que administran justicia y cobran los tributos. La misma organización funciona desde el punto de vista militar. Cada rey o virrey, o cada *choum*, tiene su ejército propio, proporcionado a la importancia de su cargo, a la extensión y a la riqueza del país que administra.

* * *

Tal es la organización jerárquica de este

el atavismo ha depositado en él de nobles cualidades: la clarividencia y la autoridad imperiosa de su ilustre antepasado el rey Sahlé Sélassiéfi aliado a Luis-Filipo en 1843 por el Tratado de Angola; toda la inteligencia organizadora y la perspicacia diplomática de su augusto padre Makonnen. Se comprueba en él los signos más evidentes de la soberanía. Y esta comprobación explica el feliz éxito de la restauración—de la que fué el alma—y que, en



Pintoresco aspecto del mercado de Harar, en cuyo fondo se ve la puerta principal del mismo, defendida por aspilleras

vasto y viejo imperio, todavía gobernado por la dinastía milenaria de Salomón-Saba y por el príncipe Tafari, regente y heredero de la corona.

Cuando en Addis-Abeba tuvo lugar su presentación como regente, advirtió pronto el visitador el prestigio verdaderamente imperial del príncipe Tafari y de todo su séquito, su elegante y fina distinción y su simplicidad afable. Se dispuso la recepción, en donde ahora se hace ya habitualmente, en un salón alto, discreto y severo, al que le da más solemnidad las imponentes efigies del emperador Menelik y rey Makonnen, los dos grandes etíopios que, en un corto espacio de tiempo, han renovado el imperio en sus fronteras históricas.

Se nota pronto en el príncipe Tafari lo que

1916, estableció en el trono del «León de la tribu de Judá, vencedor», a la hija del emperador Menelik, *Woizero Zaoditou*, presente-mente emperatriz y *Reina de Reyes*.

Es en Addis-Abeba—*la Flor nueva*, capital creada por el emperador Menelik II, donde habitan la emperatriz y el príncipe heredero. El palacio imperial (*Guébi*) cubre una colina pintoresca y desde la cual se extiende la vista por un vasto círculo de montañas.

Todos los domingos y días de fiesta los soberanos reciben a su pueblo. En una inmensa sala, donde millares de convidados pueden encontrar sitio, según un protocolo estrictamente reglado, el pueblo toma parte en el festín—*guébeur*—, que los soberanos presiden bajo un palio grandioso, lleno de resplandecientes dorados. Y cuando los soberanos beben, altos



La numerosa guardia de guerreros etiopes que constituyen la escolta del príncipe Tafari y que presentan la particularidad de ir vestidos a la usanza romana

dignatarios se ponen de pie y los cubren de la vista de los demás con sus vestidos de seda y oro, para protegerles del «mal de ojo», según creencia que tienen arraigada.

Este pueblo, que es cristiano, venida su fe desde San Frumencio, y que no ha sido vulnerada por las tentativas violentas y repetidas de las hordas musulmanas, ha sido admitido, hace unos meses solamente, en la Sociedad de las Naciones. Dignos continuadores los actuales soberanos de la política renovadora de Menelik II, no cesan de aplicar con discernimiento todas las medidas susceptibles de mejorar progresivamente la organización del imperio.

Se ha creado ya un alto tribunal mixto, encargado especialmente de los litigios entre europeos y etíopios, elevando los asuntos de este orden a la jurisdicción de los tribunales locales. Así también se ha creado en Addis-Abeba una municipalidad, con todos los servicios necesarios a una gran villa, un gran hospital y escuelas. En este orden pedagógico ha mostrado el príncipe Tafari una gran clarividencia: ha enviado a su costa a las Universidades y colegios de Europa, América y Egipto a algunos jóvenes etíopios, seleccionados entre los mejores, y que suministrarán, en un porvenir próximo, las reformas administrativas para desarrollar de una manera racional su política de progreso.

La reforma más reciente y más meritoria del príncipe Tafari ha sido la supresión de la esclavitud. Un escrito que lleva su sello y la fecha de 31 de marzo del presente año estipula un conjunto de severas sanciones, conforme al Tratado de Saint-Germain, y marca la voluntad leal del imperio de Etiopía de cumplir las obligaciones contraídas en Génova. El príncipe Tafari decide en este edicto que si después de su publicación «se encuentran esclavos comprados, y que, habiendo sido detenidos, comparecieran delante de los jueces y declararan haber sido comprados en tal o cual sitio, o si el comprador, habiendo sido detenido, confiesa haberlos comprado en tal o cual sitio, el gobernador de la provincia, el jefe de la tribu y el pequeño jefe del pueblo del país en que el tráfico ha tenido lugar serán considerados como negligentes en aplicar las disposiciones de los edictos y serán, por consecuencia, condenados por no haber impedido el tráfico de los esclavos en su país, a pagar:

El gobernador, 300 *thalers*.
 El jefe de la tribu, 200 ídem.
 El jefe del pueblo, 100 ídem.
 Y eso por la primera vez.

Por la segunda vez, serán condenados a pagar:

El gobernador, 500 *thalers*.

El jefe de la tribu, 300 *thalers*.

El jefe del pueblo, 200 ídem.

Por la tercera vez, el gobernador será destituido de sus funciones; el jefe de la tribu será confiscado de sus propiedades, y el del pueblo despojado de los privilegios inherentes a sus funciones.»

Este noble y valiente imperio, que sigue los pasos detenidos de la civilización, fué juzgado por Roosevelt, quien dijo: «En Etiopía he visto una patria y una nación en plena evolución. Ni esto ni aquello debe ser borrado de la tierra.»

EL CREPÚSCULO DE LOS CABALLOS

La humanidad—ha dicho un sagacísimo escritor inglés—calza botas de siete leguas. La frase es exacta. Por el camino del progreso científico se adelanta con una velocidad rayana en lo extraordinario. Como el personaje del famoso cuento alemán, en que merced a un hada un príncipe halla el don de unas botas con las cuales cada paso que da es de siete leguas, así las conquistas que el hombre realiza tienen unas de otras distancias asombrosas. En breve tiempo hemos visto cómo desde la diligencia se ha llegado al aeroplano; desde los candiles a la luz eléctrica; desde el correo ordinario al teléfono sin hilos. Maravillas científicas que han ido trastrocando los valores y dando nuevas jerarquías. ¡Cuántas cosas que, hace unos años, ocupaban un lugar preeminente, ahora están relegadas a último puesto, y de ellas, algunas se conservan tan sólo por piedad de recuerdo!

Unos de los que más han sufrido esta postergación impuesta por la brujería inventiva de los sabios son los caballos, esos animales que por tantos años han compartido con el hombre capítulos de trabajo, de alegría, de pesadumbre y de entusiasmo. Desde los más remotos tiempos el caballo ha sido de una gran utilidad para los hombres, que lo han empleado en diversos trabajos y que hasta les han ennoblecido concediéndoles una singular atención en el Arte y hasta puestos en la Historia. Caballos célebres ha habido, cuyo nombre fijo está en los anales de la Historia Universal. Desde aquel famoso emperador romano que confirió honores consulares a su caballo, hasta caballos de héroes que han sido cantados en el Romancero popular.

Pero al caballo le llega su crepúsculo. Como todas las cosas de la vida, tiene el momento doloroso de su empobrecimiento. Y ahora está declinando. Ya no juega un papel tan importante. Ya no tiene el antiguo significado. Ni siquiera los poetas, esos seres que son siempre los últimos en evolucionar y les cuesta tanto apartar la vista del pasado, van ya desterrando a los nobles animales de las estrofas de sus cantos para en su lugar abrir paso al automóvil y al avión.

La gran guerra ha sido quien de modo más terminante ha puesto este acabamiento de la utilidad de

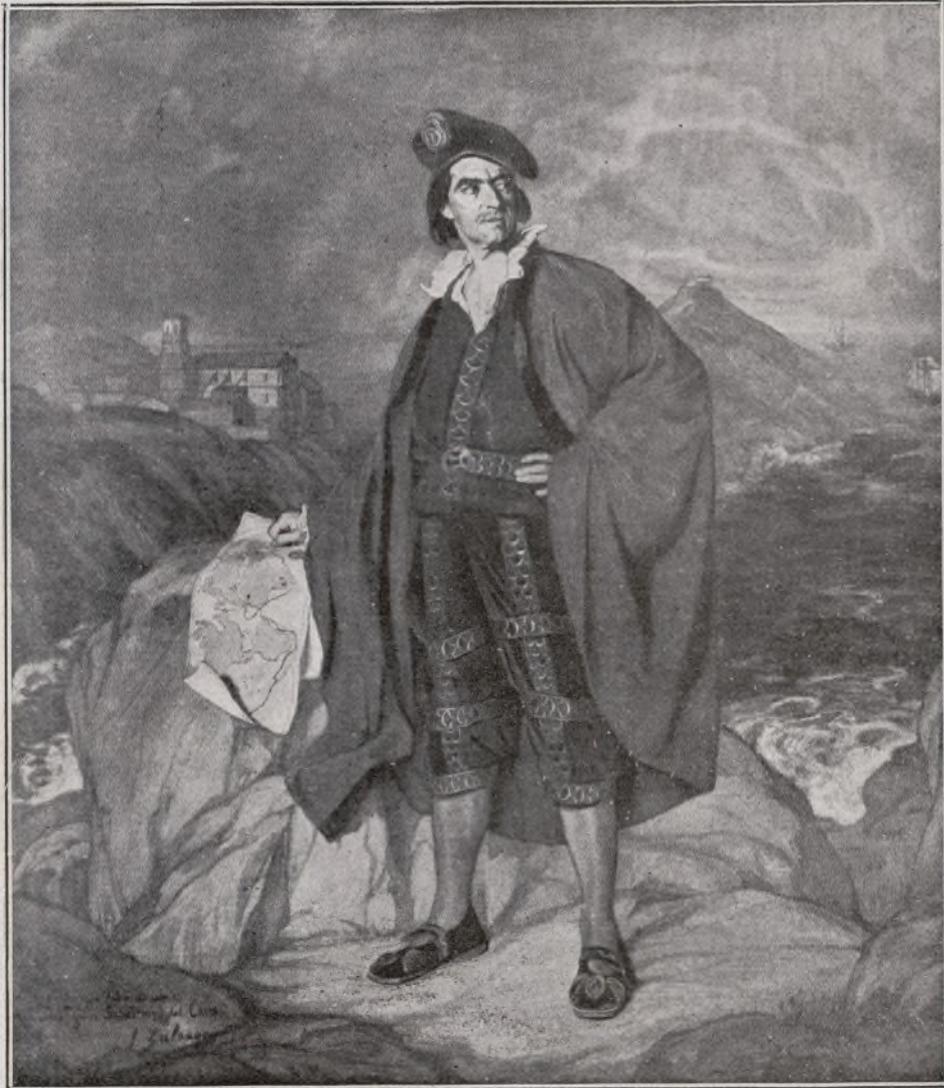
los caballos para los trabajos de los hombres. Apenas ha tenido intervención si se compara con sus principales actuaciones de remotas contiendas bélicas. Ahora ha sido la artillería de largo alcance y las trincheras y el telégrafo quienes han privado a los caballos del puesto que antiguamente tuvieron. Las cargas de caballería, si descontamos las «razzias» de los cosacos, han quedado reducidas a insignificantes incidentes de la lucha, y los partes no ha habido necesidad de encomendarlos a jinetes, sino que la telegrafía los ha llevado por el aire de uno a otro campamento.

El «caballo de vapor» hecha a los de carne hacia un lado. En las ciudades se les va sustituyendo lentamente, y un jinete paseando por las calles parece algo anacrónico. En el campo no es mejor su suerte: apenas si la agricultura, allí donde no adelanta mucho, utiliza sus esfuerzos.

¿Dónde están las largas recuas en las carreteras, el rítmico trote, las espuelas de plata, los cueros ricos?... Sólo algún zafio, que les maldice cuando ve pasar a su lado el raudó automóvil trepidante. Las veloces patas de los caballos no sirven ya, sin embargo de su rapidez, para calmar el afán de velocidad de los hombres modernos. Y la estrecha colaboración que antes unía a caballos y jinetes se rompe. Pocas estatuas ecuestres se verán ya. Los generales aparecerán de la piedra trabajada por los escultores, en pie, solos, sin las marciales actitudes de antaño. Las estatuas ecuestres que hay actualmente pronto producirán profunda extrañeza y serán miradas con burla. La brava arrogancia del Gran Capitán o del Cid, montados en sus caballos y en actitud de lanzarse contra el enemigo, habrá de parecer un acto de locura como el de Don Quijote cuando, lanza en ristre y montado en *Rocinante*, se lanzaba contra los molinos de viento.

He aquí, pues, una raza animal que está tocando a su fin cumplido. Pronto, como toda cosa inútil, empezará a ir desapareciendo; y acaso los hombres del mañana conozcan los caballos tan sólo por estampas y en las páginas de la Historia Natural. Los caballos serán animales de antes de la guerra, como tantos otros lo son de antes del Diluvio.

PÁGINAS DE ARTE



El famoso navegante vasco Juan Sebastián Elcano.

(Cuadro por Ignacio Zuloaga)

LOS SUBMARINOS EN LA PAZ

La opinión general sustenta la idea de que los aparatos de guerra no tienen otra utilidad que aquella trágica que les reserva su condición destructora. Se ve en ellos, medios de sangre y de destrucción, y no se comprende que puedan tener cierto beneficio en las horas de paz.

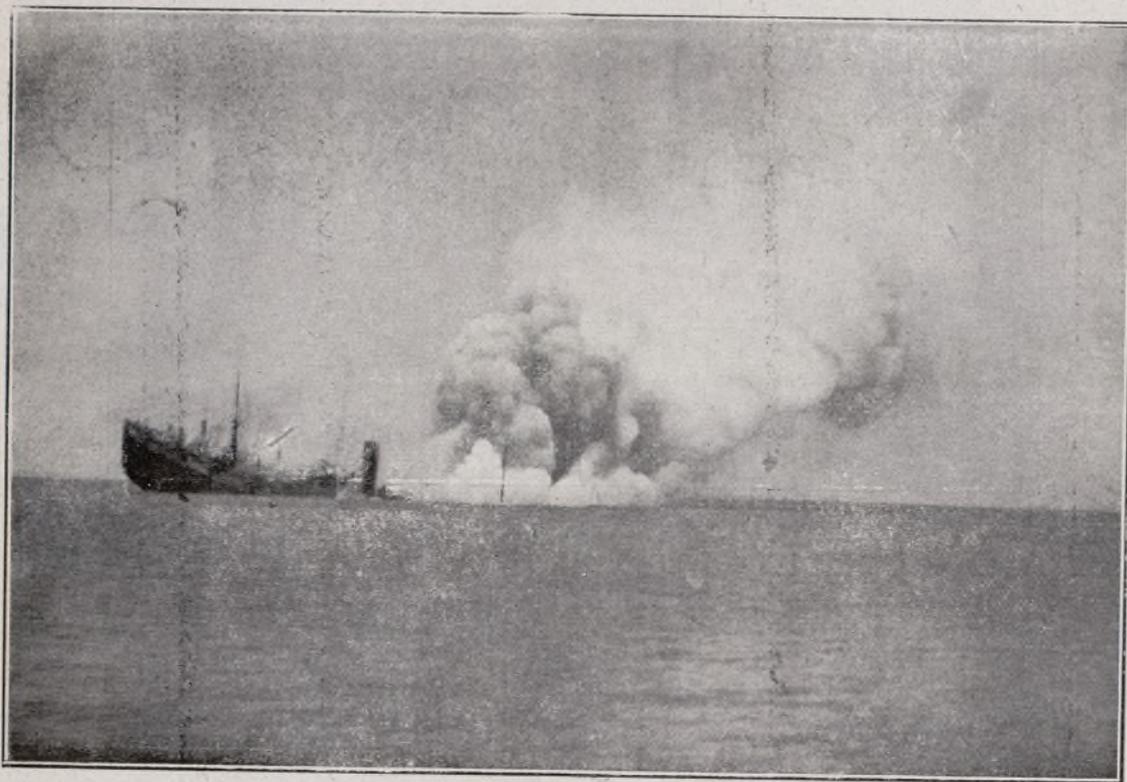
No obstante, su aplicación puede ser muy útil para determinados momentos y trabajos.

Aquí mismo, en estas fotografías que publicamos puede verse cómo un submarino se ha empleado para hacer volar un buque que estaba ardiendo en el mar y que constituía un peligro para las demás embarcaciones. El buque incendiado se hallaba situado a la entrada de un puerto y sus llamas amenazaban a los otros buques los cuales se hallaban imposibilitados de salir ni entrar en el puerto. Por otra parte, tampoco podía prestarse auxilio al buque pues el incendio se había hecho violentísimo y las llamas lo envolvían completamente. ¿Cómo acercarse a él? ¿De qué modo hacer desaparecer aquél peligro? Entonces un submarino se adelantó y con un torpedo destruyó al buque.



El submarino se prepara para lanzar sus torpedos que han de deshacer el barco que puede constituir un peligro para la navegación.

Y como este servicio efectuado por el submarino podrían indicarse muchos otros. Por hoy nos limitamos a esta breve nota, como comentario a la información gráfica.



Momento de la explosión de un torpedo en el barco incendiado. El buque que convertido en hoguera a la deriva podía ocasionar nuevos siniestros, será hundido en el mar por la acción, en este caso bienhechora, del submarino.

El Teniente Coronel Franco

Siempre es difícil y encierra una elevada misión dirigir y sostener el ánimo de un puñado de hombres que han de pelear frente al enemigo, pasando por encima de la muerte; pero cuando ese grupo de soldados se halla constituido por un núcleo heterogéneo, entonces la dificultad raya en lo más lagroso. Efectivamente, el Tercio Extranjero, que tan benéficos resultados ha proporcionado a España en la campaña de Marruecos, está integrado, como todos saben, por hombres de aquí y de allá, desilusionados de la vida, hombres de aventura, rebeldes del medio social, que acuden a alistarse bajo las banderas del Tercio por el afán de distraer su pena, calmar su fiebre de emocionalidad o romper con los lazos de los convencionalismos de una sociedad que les parece demasiado injusta. Estos hombres tienen algo de fieras. Su espíritu, acaso tocado de cierto dejo de anormalidad, les hace arrojarse en el combate con una fiebre, con un ímpetu que si por su empuje es como un taladro que se abre paso entre las filas enemigas, puede también en momentos de peligro, estorbar el buen funcionamiento táctico. A los soldados de los regimientos les guía el mismo concepto del deber y del amor a la Patria. A los legionarios, no. Ellos obedecen cada uno a un significado distinto; cada legionario pelea por distinta causa. ¿Cómo,



pues, aunar las voluntades hasta conseguir la armonía precisa para que todos respondan a la misma voz alentadora? ¿Y cómo retener el furor, cuando es necesario ser parco en el arrojamiento heroico?...

El mando del Tercio Extranjero es, sin duda, la más difícil misión de un jefe. Tiene que tener, además de una valentía capaz de causar asombro ante la valentía misma, un tacto cuidadoso para saber tocar la fibra de cada legionario, esa razón de su alistamiento y reunir, en encendido entusiasmo y ritmo, a los hombres de razas más opuestas y movidos por los más diversos motivos. Un gran corazón y un gran cerebro, tales son las dotes primordiales que necesita todo jefe del Tercio Extranjero.

El prestigioso teniente coronel Franco, es así. Y sin embargo, nadie lo diría si sólo tuviera que responder por la contemplación de su rostro. Moreno, de ojos brillantes y pelo rizado: su semblante acusa mucho más al niño que al hombre decidido. Y si a esto se une la cortedad, que en él es gala de modestia y simpatía, se estará mucho más lejos de presumir que el teniente coronel Franco es quien, fusta en mano, a la cabeza de una falange gloriosa, luchó en Tizi-Aza, y vivió las horas difíciles del «bloqueo de la muerte». La hoja de servicios de este bravo jefe, es un admirable ejemplo de exaltación de en-

tusiasmo militar y amor a la Patria. Desde el primer momento su indómita bravura le llevó al combate. El no sabía estar en lugares lejanos del fragor de la lucha. Al salir de la Academia, a poco de tener su grado de alférez, fué voluntario a Marruecos, y se le destinó al Regimiento de Africa. Desde allí pasó al Tercio.

A juicio del teniente coronel Franco, el combate que más emoción le causó durante la campaña, ha sido el de Casabona. He aquí como lo explica:

—Yo recuerdo siempre el día de Casabona, tal vez el día más duro de esta guerra... Aquel día fué cuando vimos lo que era la Legión... Los moros apretaron de firme, y llegamos a combatir a veinte pasos. Ibamos una compañía y media y nos hicieron cien bajas... Caían a puñados los hombres, casi todos heridos en la cabeza y en el vientre y ni un solo momento flaqueó la fuerza... Los mismos heridos, arrastándose ensangrentados, gritaban: «¡Viva la Legión!...» Viéndoles tan hombres, tan bravos, yo sentía que la emoción me ahogaba... Ese ha sido el día mejor para mí de esta guerra.

Para el prestigioso teniente coronel, el militar tiene dos épocas: la de la guerra y la

del estudio. Al frente de los legionarios y en el Regimiento de Africa, ya ha realizado la primera fase. Ha visto lo que es el combate. Ha vivido días de peligro terrible. Ha sentido en el alma la emoción hondísima de pelear por la Patria. Ahora quiere cumplir con la segunda etapa. Serenados los ardores de la juventud, el estudio halla su momento propicio, cuando templada la ilusión ardorosa del héroe, se hace un reposado paréntesis de descanso.

—La guerra,—ha dicho el pundonoroso militar—era antiguamente sencilla. Ahora es una verdadera ciencia, pues los medios de combate moderno exigen además de un ecuanime sentido de mando, un conocimiento científico muy amplio.

La figura del teniente coronel Franco constituye una de las más admirables de nuestro ejército. Su nombre escrito queda en los anales del heroísmo. Su espada, lleva en el acero, la gesta española. Y sobre su pecho, que tantas veces palpitó de entusiasmo frente al enemigo, luce la medalla militar, cercada de brillantes, que le fué regalada por los hombres que con él se han jugado tantas veces la vida.

PAISAJES MARROQUIES



Interesante vista panorámica de la ciudad de Xauen, una de las más características de Marruecos y de las que mejor conservan el espíritu tradicional de la raza.



El rayo diabólico y su inventor



Por la prensa diaria se habrán enterado nuestros lectores del maravilloso invento que acaba de hacer el experimentador Grindell-Matthews, del rayo invisible, mejor aún diabólico, puesto que, por los efectos que en lo futuro ha de tener, más bien parece obra del Averno. Laméntanse algunos informadores, de que este invento, por sí maravilloso y de efectos mortíferos, infinitamente superiores a los conocidos, no sirva algún día para lo que sirven la mayor parte de los adelantos de la ciencia: para hacernos la guerra unos a otros.

Aunque los detalles principales del invento no se conocen todavía por la natural discreción del inventor, podemos adelantar a nuestros lectores algunas notas interesantes sacadas en una entrevista verificada con él, que no dejan de ser curiosísimas y tan importantes, que puede decirse que, en estos momentos, embargan la atención del mundo entero.

Grindell-Matthews, experimentador notable, ya había sobresalido, durante la guerra, en algunos trabajos científicos, que le valieron una subvención del gobierno británico, de 25.000 libras.

Trabajador constante de la ciencia, consagra sus horas al laboratorio, todo lleno de aparatos complicados, con los cuales hace por direcciones distintas, sus investigaciones.

Sobre una tabla de madera situada a uno de los extremos del laboratorio está colocado un motor de dos tiempos, con encendido de magneto de alta tensión. Todos los automovilistas saben lo que es esto.

Cuando se dispone Matthews a verificar la experiencia, hace funcionar el motor a gran velocidad y, con gran estrépito; se coloca él al otro lado del laboratorio (que forma como un rectángulo recto de 13 a 15 metros) y sube a una suerte de tragaluz o tronera por donde se ve su rostro, por encima de un proyector.

A una señal convenida el inventor va a lanzar su rayo. Al hacerlo, las explosiones cesan, el motor se detiene, como si se hubiera cortado el *encendido* y la rueda, sobre su pivote, continúa dan-

do dos o tres vueltas, pero pronto queda inmóvil, como si hubiera agotado su fuerza de impulsión. Es nuevamente lanzado el motor, y otra vez parado, a voluntad del operador, que lo ejecutaba a distancia, a unos 15 metros, con solo manejar sus aparatos que estaban sin conexión alguna con el motor.

Este resultado de la influencia de este rayo sobre el motor a 15 metros, asegura el que puede ejercerse sobre los de los aviones y automóviles y que pronto hará experiencias concluyentes en grande escala, en el campo, donde demostrará su inmenso poder a grandes distancias. Con un proyector más poderoso—manifiesta— no hay ninguna dificultad en provocar la parada del motor de un aeroplano, que su rayo, por otra parte, le abrasaría.

La segunda experiencia de este inventor ha sido el poner en medio de un aislador de vidrio sostenido de una tabla que le sustentaba un larguero metálico vertical. Al hacer funcionar sus aparatos se veían salir de dicho cuerpo metálico,



M. H. Grindell-Matthews, inventor del rayo diabólico.

resplandores que, parecidos al rayo, inundaban el laboratorio, dándole un aspecto terrorífico. Asegura que lo mismo podía hacer con un barril de pólvora: lo haría volar a distancia.

Así mismo hace la experiencia este mágico de matar un ratón y otros animales pequeños. Tan es así, que ha intervenido la Sociedad protectora de animales, impidiéndole dar muerte por ese medio a sus defendidos. En países, donde los roedores constituyen un verdadero azote sería este invento el procedimiento más expédito para extirparlos; es una electrocución instantánea.

Los medios de que dispone Matthews para sus experiencias son desconocidos para el visitador, que no los ve, ni aprende nada. Sólo ve los efectos. La parte del aparato que produce el rayo diabólico, es sencillamente una caja, que el inventor llama significativamente «la caja misteriosa», la caja del misterio. En cuanto a su contenido se observa un secreto riguroso. La corriente eléctrica puesta en acción es la misma que la de la villa que trabaja a 200 voltios. Afirma el inventor que no emplea en estas experiencias más que la décima parte de los 10 kilovatios que representan la energía total de que puede disponer.

Hasta cierto punto, puede explicarse el invento de Matthews, aunque, claro es, no se disponen de los suficientes elementos de juicio, como los dispone su autor, rodeados de una gran reserva.

El hacer enviar, al espacio, sin hilo conductor, vibraciones eléctricas de otro género del que las que constituyen la onda hertziana, no tiene ninguna novedad sensacional. El radio, los rayos X, los rayos catódicos y el calor tienen la propiedad de *ozonizar* el aire, es decir, volverle conductor. Estas diversas radiaciones, al atravesar el aire, forman una columna conductora comparable a la columna luminosa de las partículas de polvo que ilumina un rayo de sol que entra por un orificio a la cámara oscura. Se puede lanzar una corriente a lo largo de esta columna, como por lo largo de un hilo. Pero hasta el presente, en razón de desperdicios, absorciones y fenómenos complejos, no se obtiene esta ozonización más que a distancias de algunos metros.

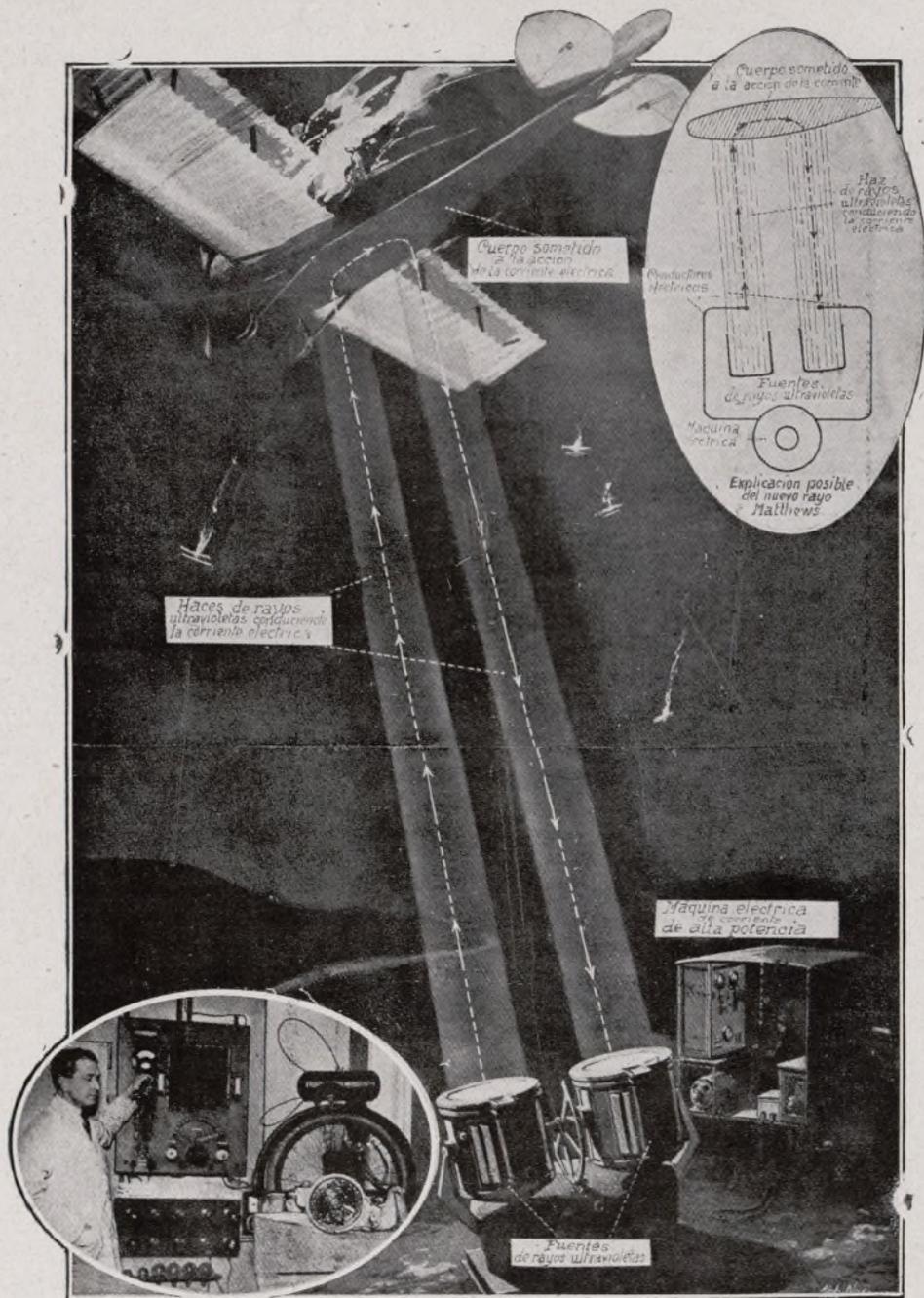
Por otra parte, un hilo no es suficiente para enviar una corriente; ésta no manifiesta sus efectos más que cuando está cerrado o «en circuito». Por consecuencia si se hace pasar una corriente por una columna de aire conductor, esta corriente no obrará, hasta tanto que en un punto dado, no encuentre otra corriente en sentido contrario. Es pues ésta una dificultad técnica elemental.

Matthews ha resuelto este problema de manera bien curiosa. Por un medio, de lo cual, guarda el secreto, produce con un generador eléctrico dos rayos diferentes, y en los que su acción se conjuga, se compenetra. El uno determina un campo magnético, de muy alta frecuencia, sirviendo de hilo conductor al otro. Este último, que él llama el rayo violeta, tiene por otro objeto disociar la cédula viviente y cosa más importante, de formar un circuito con el primero. Es decir, que si este rayo aéreo mixto, reemplazando a un hilo único, ataca a una magneto, la corriente que lleva, como vehículo que es, pasa a la magneto como si esta recibiera por sus dos polos una corriente negativa y una corriente positiva.

Matthews que ha operado de esta manera a una decena de metros de distancia, con una energía de una décima de kilovatio, se propone lograr los mismos efectos a grandes distancias, con una fuerza mayor, como la de 100 kilovatios, por ejemplo. No es más que una hipótesis, sin que autorice el razonamiento por analogía.

Su punto de partida es admisible. A la teoría de la emisión y a la de las ondulaciones para explicar el mecanismo de la luz, ha sucedido la teoría electro-magnética de Maxwell de que la luz está engendrada por una perturbación electro-magnética del éter. Diversas experiencias han probado y establecido que las vibraciones luminosas tienen la misma naturaleza y no se distinguen más que por diferencias de velocidad o de frecuencia. Parece probable que fuera de los rayos catódicos; de los rayos X, de los rayos *gamma*, existen también otras radiaciones dotadas de propiedades especiales, que todavía ignoramos. Los rayos de Matthews no se encuentran entre los infra-rojos, como se ha anunciado en algunos

Gráfico de potencialidad de los Rayos Diabólicos



El Ingeniero inventor Grindell Matthews, delante del motor preparado para lanzar los nuevos rayos de su invención.

periódicos, pero si en los ultra-violetas, es decir, en la región del espectro que presenta la más grande frecuencia y el más grande poder químico. Desde largo tiempo, han venido utilizándose los rayos ultra-violetas para esterilizar el agua o para destruir ciertas células enfermas, como las del lupus. Además sabemos que la parte del espectro correspondiente a la luz visible es mucho

menos extendida que las secciones de luz invisible, infra-roja a la derecha y ultra-violeta a la izquierda. Es de comprender que estas secciones presenten radiaciones de características infinitamente más variadas que las de la gama visible.

Hechas estas digresiones esperemos nuevas y más extensas experiencias de este invento, que promete revolucionar este ramo de la ciencia.

JUICIOS DE HOMBRES CELEBRES

Miren antes con frío detenimiento las manos en que van a poner el bastón y la espada; pero una vez entregados, no comiencen por cercar al general con esa red invisible de recelos, suspicacias y temores. Frente al enemigo el general ya no debe aceptar planes del Gobierno, Si éste se obstina en imponerlos, la dignidad prescribe la renuncia, como Canrobert en Sebastopol.

(ALMIRANTE: *Diccionario Militar.*)

* * *

El paso de los Andes por San Martín, el paso de los Alpes por Napoleón, el de los Alpes Reticos por Macdonald, la diversión de Scipión en el mismo corazón de Africa, la expedición de Aníbal hasta las puertas de Roma y tantas otras operaciones atrevidas y homéricas que la historia presenta, jamás hubieran sido realizadas sino por el mismo que las proyectó.

(VILLAMARTÍN: *Arte Militar.*)

* * *

Si tomamos por norma un Ejército tal como el nuestro (el alemán), podremos formular algunos principios esenciales.

Uno de éstos principios será que un superior no debe jamás, de lejos, ordenar a un subordinado cosa alguna de la que éste será mejor juez sobre el terreno.

(VON DER GOLTZ: *La Nación Armada.*)

* * *

Siendo el único objeto del general en jefe ejecutar el *plan de campaña propio* y desorganizar al enemigo, toda su atención debe fijarse en éste, y, por tanto, se le desembarazará de lo que le obligue a mirar atrás... Esto será de la incumbencia del ministro de la Guerra, quien deberá cuidar del envío constante de víveres, municiones, equipo, vestuario, del reemplazo de hombres y ganado, etc. En estas operaciones puede haber choques entre ambas autoridades si no proceden con prudencia. El Ejército es un monstruo voraz que todo lo consume, y para reparar estas pérdidas el general en jefe tendrá que hacer constantes pedidos,

que al ministro podrán parecer quizá excesivos *dado el alejamiento del teatro de operaciones.*

(BANÚS: *Organización de los ejércitos de operaciones.*)

* * *

Si creéis que otro es más capaz que yo de dirigir la guerra, le cedo inmediatamente el mando; pero si tenéis confianza en mí, cesad de intervenir en mis disposiciones con acciones ni con palabras. Lo que pido es que se cumpla sin discusión cuanto yo crea útil para el buen éxito de la guerra.

(PAULO EMILIO: *Discurso citado por Plutarco.*)

* * *

Los planes más grandiosos fracasan casi siempre cuando son realizados por hombres que no los han concebido.

(JOMINI.)

* * *

Desde el momento en que te encuentres delante del enemigo y que mandes en jefe, no aceptes de tu Gobierno plan alguno ya formado, ninguna instrucción determinada sobre el modo de dirigir y llevar adelante la guerra... Acuérdate de Montecuculli, llevando consigo, al regresar de una campaña, todos los pliegos, todavía cerrados, que le habían sido remitidos para dictarle sus operaciones.

(MARISCAL BUGEAUD.)

* * *

En la dirección de las operaciones de guerra es indispensable la *presencia* del general: él es la cabeza, el todo de un ejército. No fué ciertamente el ejército romano el que sometió las Galias, sino César; no el ejército cartaginés el que hacía temblar a la República a las puertas de Roma, sino Aníbal; no el ejército macedónico el que llegó hasta el Indo, sino Alejandro; no el ejército francés el que llevó la guerra al Weser y al Inn, sino Turena; no el ejército prusiano el que defendió a la Prusia durante siete años contra las tres mayores potencias de Europa, sino Federico el Grande.

(NAPOLEÓN: *Memorias.*)

LA VIDA DOMESTICA Y SOCIAL DE LAS HORMIGAS

Guerras y tratados :- Suplicios de los prisioneros :- «Razzias» de esclavos :- Las necrópolis

En una de las galerías del hormiguero, he aquí una madre que se pasea y pone... marchando; pronto, obreras recogen sus huevos y van a depositarlos a una de las cámaras de los pisos superiores; allí, en una dulce temperatura, guardianes velan con celo estos embriones, los cogen y los vuelven con su boca, humedeciéndoles con su lengua, probablemente para alimentarles por endósmosis... En un piso menos elevado, otras hormigas obreras se cuidan de otras larvas que despiertan a la vida; como a los alumnos en las escuelas, las colocan y dividen en clases diferentes, según su edad, y, como los pajarillos, las alimentan poniéndoles en la boca el cebo... En fin, he aquí también las cámaras de las ninfas y de los capullos, en que se les limpia con cuidado extremo y se transportan, según la hora del día, a piezas más o menos cálidas.

Entre tanto, entre las calles entrecruzadas de esta ciudad, todo un pueblo se agita, marcha de prisa, en dos corrientes de trabajadores que, desde fuera, conducen las provisiones y las colocan en los almacenes, pero no con el fin de reservarlas para el invierno, como se cree por la leyenda, sino para repartirlas pronto entre tan gran comunidad. La hormiga duerme durante la estación invernal.

Si la suerte ha colocado al lado de la boca del hormiguero una casa o una granja, el problema está resuelto; pero si no ha sido así, otros problemas se imponen. La hormiga, entonces, sabe cultivar; ella tiene sus jardines y sus prados, y todos los naturalistas nos hablan de esas áreas circulares creadas por ciertas especies del Texas, que desnudan completamente para únicamente dejar o sembrar la «raíz de hormiga». Otros trabajos recientes de Forel han descubierto que las hormigas poseen algunas veces verdaderas «champiñoneras», que son plantas muy comestibles.

Cuando se trata de unir la ciudad de las hormigas a uno de sus dominios agrícolas, nuestros animalitos saben trazar calles más o menos largas, según las necesidades y los peligros, descubiertas o protegidas por muros naturales, y si hay necesidad se recogen en forma de túnel.

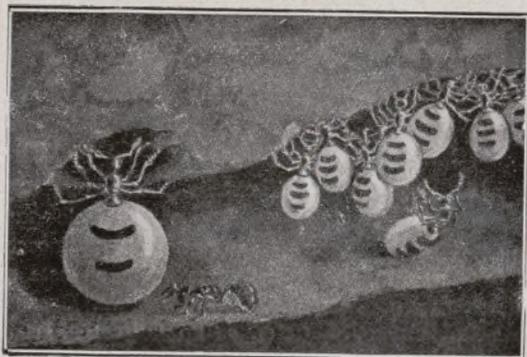
Pero todavía tienen algo mejor y más curioso que sus caminos, sus jardines y sus «champiñoneras»: las hormigas tienen sus establos, con sus cabras y sus vacas lecheras... Sonreiréis. Pero seguid entonces por ese pequeño túnel, construido por las obreras del género «Lasius», que llega al pie de un arbusto y sube por todo el largo de su tallo. Al llegar a la horquilla se ve una prominencia, que hacen de los mismos materiales que el hormiguero, y con muchas ventanas.

Pues bien; ¡esta prominencia no es más que un establo con su ganado! Habiendo comprobado que el arbusto estaba cubierto de pulgones (o gallinsectos), las hormigas los cazan y los encierran en este nido que hacen. Ya tienen con ellos el establo. Desde ese momento van por el túnel, se aproximan a los pulgones, que están hinchados de la savia del arbusto, y se puede ver que cada hormiga toca con su antena el vientre del pulgón, de donde recoge una perla de «leche», líquido azucarado que la hormiga absorbe como un néctar...

Tanta inteligencia y virtudes tienen su recompensa en la paz que reina en su ciudad, bien cuidada y bien provista, como en la alegría de sus raros juegos a que se entregan después de concluir su trabajo. Aprecian la higiene y cuidan mucho de su «tocado»: con una coquetería refinada se desembarazan del polvo y de las suciedades del trabajo, se alisan, se cepillan y se limpian con gestos de pequeños gatos, prestándose entre sí una ayuda mutua y encantadora. Sólo en un caso particular se limpia la hormiga sola: es cuando tiene que librarse de pulgas minúsculas que



Esta curiosa fotografía nos muestra una reunión de elementos que integran la sociedad de las hormigas. En el centro del grabado aparece la reina, acompañada del caballero-esforzado y de dos obreros a los lados que preparan su toilette. Varios obreros conducen el alimento que ha de consumir la reina para su desayuno



Las hormigas de miel. Al lado de sus hermanas, suspendidas del techo de la cámara, una de estas hormigas obesas—cuyo abdomen está lleno de un líquido azucarado—ensaya tenerse de pie con la ayuda de sus esclavos.

a veces las atacan, pues las hormigas también tienen sus parásitos.

Cuando se las encuentra a la hora del descanso, se ve que aman el *sport*, y sobre todo la lucha, que fortalece sus músculos y aumenta el vigor; sus vibraciones de patas y antenas—boxeo que causa risa—es el deporte más usado, sin *wings* muy violentos y sin *knock-out* humillantes.

Estas dulces costumbres pastorales tienen su reverso. Como los hombres, conocen las hormigas el horror de las grandes guerras. La regla de la familia y de la ciudad la constituye la armonía y el compañerismo; pero todo esto se olvida tratándose de especies diferentes. Todo extraño que penetre en una ciudad de estas es un intruso que se expone a la muerte. Y si la invasión es colectiva, entonces toda la colectividad se levanta en masa y se rompen las hostilidades.

Estas guerras de hormigas han sido frecuentemente descritas por los naturalistas. La táctica que emplean es según la especie a que pertenezcan. Hay especies que combaten individualmente; otras en grandes masas o líneas. En el ardor de la lucha, la hormiga pierde pronto el dominio de sí misma y, por ello, es caso muy frecuente que ella mate a sus propias compañeras, si otras, menos cegadas por la rabia, no calman su furor guerrero.

En general, sus encuentros dejan numerosos heridos y muertos; y cuando, al declinar el día, cada uno de los ejércitos, más o menos vencidos, se retiran a sus acantonamientos, no es raro ver avanzar por el campo de batalla pequeñas hormigas rojas, las «*Myrmica*», que se podrían tomar por ambulancias de la Cruz Roja, pero que no son en realidad más que chacales hambrientos, únicamente ocupados en despedazar los cadáveres y en rematar a los moribundos...

La suerte de los prisioneros de guerra es aún más trágica. Condenados a perder la vida, son sometidos antes a los más atroces tormentos: mientras que uno de los ejecutores secciona entre sus mandíbulas una

de las antenas del cautivo, otros, con una lentitud cruel y calculada, le cortan una pata, después la segunda, luego la tercera..., y así se le abandona a su agonía.

Los combates de hormigas tienen algunas veces súbitas paralizaciones: un armisticio que ha sido convenido, o una zona neutra respetada por los dos ejércitos combatientes. Pero si vuelven otra vez a guerrear, llegan al verdadero encarnizamiento, hasta la extinción completa de uno de los ejércitos. Algunas veces, si se trata de especies iguales, un tratado de paz interviene y una alianza definitiva une todos los intereses y todos los sentimientos.

Después de la guerra, las «*razzias*». Estamos en una selva de la Guyana o del Brasil. El sol se oculta por el horizonte. De repente, un grito se oye, especie de grito de guerra, que es el de las hormigas que avanzan, ávidas de botín. Al ras del suelo, es como un «sálvese el que pueda» de los seres vivientes, como arañas, saltamontes, pequeñas serpientes. ¿Qué pasa? Es una colonia de hormigas «*Ericton*», que avanza en masa—ocupa 50 ó 60 metros—, cazando y desolando a su paso. En filas de cuatro o seis soldados, van mandados por oficiales que van a los flancos, que se distinguen perfectamente por su cabeza blanca y su talla.

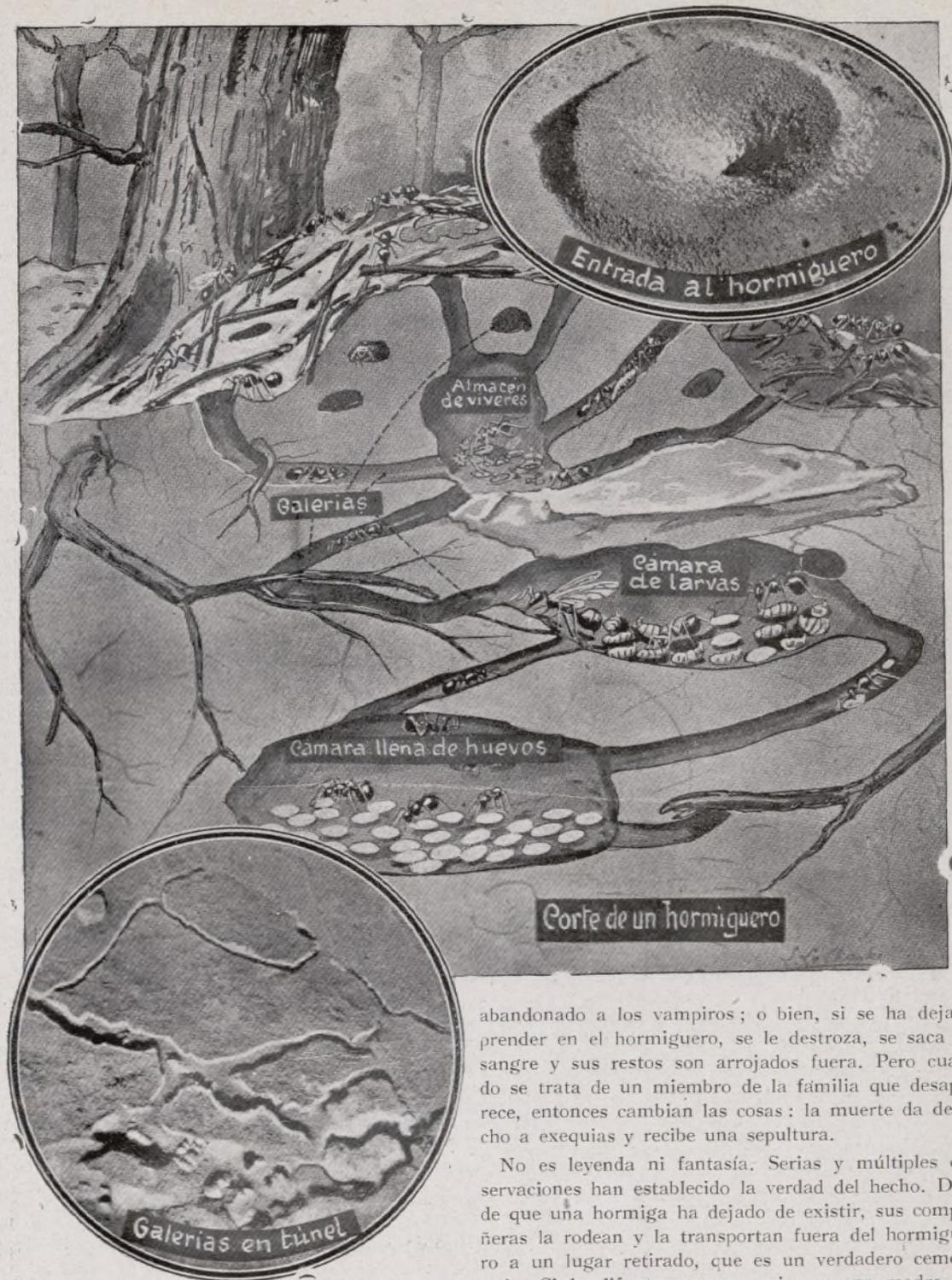
Estos bárbaros no tienen piedad. Exploran todos los hormigueros, y aun los nidos de avispa son despojados de su miel. Pero sobre todo atacan a los hormigueros; brutalmente los invaden, destruyéndolos y apoderándose de sus larvas y sus ninfas, y este botín viviente es su mejor regalo.

Tales invasiones tienen, a veces, otro objeto. En lugar de ser devoradas las ninfas, son dulcemente transportadas y cuidadas con esmero hasta el día que llegan a ser adultas; entonces se convierten en deleite de sus secuestradores. En muchas colonias de hormigas existe la esclavitud, y, a decir verdad, los esclavos—ignorantes de su origen—aceptan bien su suerte. Ellos sirven, cuidan, limpian a sus dueños a medida que han perdido alguna facultad. Tal es el caso también de la «*hormiga de mill*»: su abdomen, lleno de un líquido azucarado, es una bola muy enorme, cuyo peso llega a ser ocho veces el del insecto común; pues esta grotesca sultana está incapacitada de cuidarse si sus sirvientes no la atendieran y la sostuvieran cuando anda; tal es el caso, también, de la «*Polyerge*», que llega a ser tan perezosa que no puede utilizar sus mandíbulas, y sus esclavos la hacen comer ingiriéndola los alimentos en la boca.

* * *

En esta vida tan curiosa de las hormigas, de sus gestos y de sus costumbres, tan parecidas a las humanas, se nota aún otra maravilla: ¡las hormigas tienen culto a los muertos!

Cuando se trata de un enemigo muerto en el combate, su cadáver se le deja en el campo de batalla



El aspecto y distribución que presenta un pueblo de hormigas, puede verse por el adjunto grabado.

La vista de los túneles al rás del suelo y sobre todo el volcán en miniatura que forma la entrada, indica la presencia de un hormiguero. Un corte practicado en éste, nos muestra perfectamente los depósitos de viveres, las cámaras donde se cuidan y conservan los huevos y en las que están larvas, alimentadas por hormigas «nodrizas» que las ceban como si fueran pajarillos.

abandonado a los vampiros; o bien, si se ha dejado prender en el hormiguero, se le destroza, se saca su sangre y sus restos son arrojados fuera. Pero cuando se trata de un miembro de la familia que desaparece, entonces cambian las cosas: la muerte da derecho a exequias y recibe una sepultura.

No es leyenda ni fantasía. Serias y múltiples observaciones han establecido la verdad del hecho. Desde que una hormiga ha dejado de existir, sus compañeras la rodean y la transportan fuera del hormiguero a un lugar retirado, que es un verdadero cementerio. Si la difunta era una reina o una madre, la república—que no escapa a ciertos privilegios de casta—acuerda rendirla honores mayores y la da una tumba aparte. Las obreras tienen también su cementerio, y, cosa notable, los esclavos de esta ciudad tienen también su fosa especial, o sus cadáveres son transportados y depositados en pequeños montones regulares o en alineamientos de formas simétricas.

A pesar de la admiración que la hormiga causa por sus costumbres e instinto «social» para la previsión y el trabajo—muy parecidos al hombre—, es lo cierto que causan a veces males irreparables. Puede citarse el caso de un granero próximo, en que las reservas de grano están constantemente amenazadas. Puede recordarse, a este efecto, el viejo proceso bíblico de los dos propietarios, en el cual uno de ellos fué despojado de sus graneros por las hormigas, mientras que el otro vió su granero henchido de fruto por la labor de tan diminutos animalitos.

Lo que más les gusta son los alimentos azucarados. Un pote de confitura, si no se tiene buen cuidado, pronto es pasto de las hormigas, que inundan, por decirlo así, tan rico manjar. Se acusa a la hormiga de triturar todo. Es inexacto; no tiene dientes, y sólo se contenta con chupar y rechupar los alimentos, a no ser que éstos estén partidos en pequeños trozos, en cuyo caso cargan con ellos y los transportan al hormiguero en un ir y venir incesante.

Se ha hablado de la picadura de la hormiga y de su veneno. En realidad este veneno no es mortífero para el hombre. Hay, sí, especies que le hacen sufrir cuando clavan su antena; entonces hacen irritar la piel y las mucosas.

Pero al lado de estos malos servicios, ¡cuántos buenos podrían apuntarse!

Se sabe bien el papel que las hormigas juegan en la agricultura, como lo prestan también algunas lombrices. Haciendo sus galerías, atravesando las tierras de labor, dan facilidad para hacer el surco y moverlas sin gran trabajo.

En el Ecuador, por ejemplo, este animalito lucha contra la plaga de insectos que invaden la agricultura, librándola de sus efectos destructores, y, en fin, en China y en Brasil hacen el oficio de «necróforos», porque devorando los cadáveres de muchos animales, purifican la atmósfera de detritus y de gérmenes infecciosos.

ORÍGENES de el "DON", el "SEÑOR" y el "SEÑORA"

Es verdaderamente curiosa la costumbre que tenemos aquí, y en todas partes, de anteponer un prefijo, a modo de título de cortesía, al nombre de las personas a quienes no nos une el parentesco o una amistad muy íntima. Semejante costumbre demuestra sobre todo lo artificioso de nuestras relaciones sociales, porque, ¿hay algún motivo para no llamar a las personas por su nombre a secas? Y si se responde que es una prueba de respeto, ¿en qué se funda ese respeto? ¿Por qué heмо de usar los prefijos «don», «señor» o «señorita» como una cosa de imprescindible necesidad?

El romano más humilde, aunque fuera esclavo, lo mismo si se dirigía a un amigo entrañable que si saludaba a César vestido de púrpura al frente de sus legiones, no hubiese creído necesario usar prefijo alguno ni hubiera soñado siquiera que su ausencia implicaba falta de deferencia.

Por el tiempo de los emperadores romanos empezó a considerarse como una muestra de respeto personal la palabra «dominus» (amo de casa). Según cuenta Suetonio, deseando hacerse popular el emperador Claudio ofrecía banquetes a la gente de baja condición, y para dar confianza a sus invitados y demostrarles que los trataba de igual a igual, invariablemente estrechaba la mano a todo el que llegaba y le llamaba «dominus» o «señor». Pero la costumbre no se quedó establecida como uso general, porque «dominus» tenía otro significado, aunque los poetas lo empleaban con su femenino «domina» como apelativo cariñoso entre los amantes.

El uso moderno del «dominus» no empezó a aparecer hasta finalizar el imperio de Occidente. Lo que hasta entonces había sido un tributo casual de respeto, se hizo necesario para dirigirse a las personas de categoría, y una señora, esposa de un caballero, una castellana, mujer del señor de un castillo, se convirtió en «mea domina», luego en «mea domna», después en «madonna» y, por último, en «madame». Las jóvenes solteras de los tiempos medioevales recibían

el diminutivo de «dominicella», convertido luego en el francés «demoiselle», y éste, a su vez, en «mademoiselle».

Un caballero era «domino», y luego «domno», del cual se deriva nuestro «don». Pero más tarde se fundieron la forma femenina y la masculina en «dame», que quería decir lo mismo «señor» que «señora». Por eso la moderna exclamación francesa «Dame!», quiere decir realmente «¡Señor!», y no «¡Señora!», como algunos suponen.

Hacia el siglo XII, la palabra «dame» como título masculino empezó a substituirse por otra: la latina «senior», que ha sobrevivido casi en la misma forma, diciéndose «señor» en español, «senhor» en portugués, «signor» en italiano y «seigneur» en francés. Esta misma palabra, mutilada, es el francés «sieur» de «monsieur». En inglés tiene su equivalente en «sir», que en algún tiempo fué título eclesiástico significando «reverendo», y también título universitario aplicado a los bachilleres. El «maitre» francés es un apelativo que se aplica a personas de respeto, pero plebeyas, como nosotros decimos, por ejemplo, «señor Pepe» a un individuo que merece respeto, pero que pertenece a la clase baja.

En esto de los apelativos respetuosos no hay quien sobrepuje a los chinos. Según su oriental cortesía, un caballero chino cree que son demasiado familiares los pronombres ordinarios «usted» o «él», aplicados a personas con quienes se tiene poco trato, y emplea una serie de expresiones enrevesadas pero muy diferentes.

Además, con objeto de demostrar respeto a las personas de distinción y a los difuntos, los chinos nunca pronuncian su verdadero nombre, sino otro, para que el uso diario no profane los apelativos sagrados. Por esta causa, mientras nosotros hablamos con toda familiaridad de Confucio (Khong-fu-tse), un chino sólo le da el nombre de Sian-Sing o algún otro para testimoniar el respeto que le inspira y no mancillar el nombre que le dieron sus padres.

LA MARSELLESA EN CASTELLANO

:: NAPOLEON EN MADRID ::

Son de sobra conocidos los hechos ocurridos en Madrid durante la estancia en él del rey intruso José Bonaparte, que ciñó la corona en gracia de sus debilidades de aquel rey Fernando, llamado el «Deseado», y por la firme voluntad de su hermano, según revela la musa popular en los conocidos versos:

Es mi voluntad, y quiero,
ha dicho Napoleón,
que sea rey de esta Nación
mi hermano José Primero.

a los cuales el buen pueblo madrileño, siempre zumbón y oportuno, añadía:

Es mi voluntad, y quiero,
responde la España ufana,
que se vaya a cardar lana
ese rey José postrero.

Aquel rey José, a quien se le adornó con los calificativos de «Botella» y el «Tuerto», sin que le gustase ni aun oler el mosto, y teniendo ojos hermosísimos, al decir de sus biógrafos, entró, como es sabido, en Madrid el 21 de julio de 1808, calientes las cenizas de los fusilados en la Moncloa.

No habían aún llegado a la villa y corte los rumores del primer desastre sufrido por las armas napoleónicas en Bailén el 19 del mismo mes; pero pocos días después comenzaron a extenderse, alentando el ánimo de los patriotas, al paso que acongojaban el de los pocos y atribulados parciales del francés.

Pero los rumores primero, y las noticias ya fidedignas después, del inesperado triunfo de las tropas de Castaños en Bailén sobre las invictas huestes de Austerlitz y Jena, infundieron tal desconcierto en la Corte de José Napoleón, que bastó el solo anuncio de que se aproximaban a Madrid las huestes andaluzas para que aquél, escoltado por la guarnición francesa, saliese de la villa y corte el día 1.º de agosto, no sin clavar más de ochenta cañones, inutilizar gran cantidad de fusiles y municiones, pero cargando con cuantas vajillas y alhajas encontraron de verdadero valor y desbalijando nuestros Museos.

Conocida es la suerte que corrió el convoy de José Bonaparte y las peripecias de su hui-



da, que Galdós relata en su interesante episodio «El equipaje del rey José», y el entusiasmo delirante con que el buen pueblo madrileño vió salir al último afrancesado.

Mujeres, niños y ancianos — porque los hombres habían abandonado anteriormente Madrid para alistarse en cualquier sitio

donde se levantaba bandera contra los franceses — recorrían las calles noche y día, radiantes de alegría, ostentando en sus sombreros y mantillas, en sus pechos y peinados, sendas escarapelas encarnadas con el retrato del suspirado rey Fernando VII, que tan mal había de pagar después los sacrificios de su pueblo.

El 23 de agosto entraron en Madrid, al mando de Castaños, las huestes vencedoras de Bailén, que fueron recibidas con ovaciones continuas, y el 24 se verificó, entre explosiones de delirante entusiasmo, la proclamación de Fernando VII, quien, en Bayona, tranquilamente le parecía de perlas que Napoleón le arrebatase la corona, para ponerla en las sienes de su hermano.

Fué durante el acto de la proclamación cuando por primera vez los madrileños entonaron las briosas estrofas de «La Marsellesa», el himno nacional del odiado invasor, pero lo hicieron, en honor de la verdad, para mayor escarnio, con la siguiente letra:

A las armas corred, patriotas,
a lidiar, a morir o a vencer;
guerra eterna al infame tirano,
odio eterno al impío francés.

Patriotas guerreros
blandir los aceros
y unidos marchad
por la Patria a morir... o triunfar.
¡A morir... o triunfar!

Los entusiasmos de los madrileños sufrieron, como es sabido, muy pronto un rudo golpe. Napoleón, que no podía concebir que la voluntad férrea del pueblo se pudiera oponer al gallardo empuje de las águilas francesas, que triunfantes recorrían el mundo, penetró en España al frente de su aguerrido ejército y seguido de su hermano José. Dispersó a los pocos militares elementos que se opusieron a su

paso en Burgos, al mando del inexperto conde de Bellver, salvó las gargantas de Somosierra con el arrojo e intrepidez con que había pasado los Alpes en la primera guerra de Italia, y, en medio del estupor del Concejo madrileño, se presentaba en Chamartin para entrar en Madrid en los primeros días de octubre. Fué entonces cuando el coloso entró en nuestro Palacio Real pausadamente, por la escalera principal, y en la primera meseta se detuvo para apoyar la mano sobre uno de los leones que la coronaban, y decía:

«Ya tengo esta España tan deseada...»

Después, penetrando en los salones de Palacio, se hizo enseñar el retrato de Felipe II, donde permaneció silencioso un gran rato, contemplándolo y pensando tal vez en aquella Inglaterra tan odiada por ambos monarcas...

Al pie de Palacio resonaba también «La Marsellesa», pero entonada por los granaderos de la guardia, y escuchada con profunda rabia por aquellos chisperos que días antes la cantaban en castellano...

NUESTRA PORTADA

El inolvidable maestro Ortega Munilla, recogió en unas líneas la síntesis del compañerismo en campaña, en donde la vida se manifiesta franca y leal, con el crudo ascetismo que da la proximidad de la muerte. Bella página en donde el maestro dejó una muestra de su estilo insuperable.

Tal vez la intuición del artista ha recogido en unas líneas la esencia de una escena inolvidable. Allá, en la línea de fuego, el luchador fué gravemente herido. Dióle el plomo riñón en el cráneo.

Derrumbóse la gentil figura. Estremecióse el valerosísimo varón con los anuncios de la muerte. Un compañero le recogió.

—Vamos—le dijo—. Incorpórate. Pon el esfuerzo que te reste para ayudarme.

—¿Adónde me conduces?

—Al Hospital de Sangre, en el que te serán dados los auxilios de los médicos.

—Déjame aquí. Aún puedo luchar. Ese sorbo de alcohol que has puesto en mis labios me ha fortalecido.

—No. Eso es perentorio. Pronto pasará el efecto. Te es preciso el descanso. Ya verás. Las santas damas que cubren sus cabezas con las limpias tocas te pondrán sano y salvo, con repetido brío para los combates.

—No. Déjame. Suena el cañón. Crepitan los fusiles. Mis hermanos caen. Tú también estás herido.

—Poca cosa. Apenas me rozó un golpe... Estoy fuerte... Dios me ordena que te lleve adonde serás curado... Hombres como tú deben ser conservados.

Y el herido, que había recibido en la cabeza un balazo, perdió la fuerza que le restaba.

Poco más lejos estaba el rincón de amor que los humanos han puesto cerca de los campos de batalla.

Apenas fué recibido allí el soldado, que fallecía, acudieron a socorrerle las Hermanas de la Caridad, los médicos de la Sanidad Mi-

litar, que en esta campaña se han cubierto de gloria. El conductor, que también estaba lesionado, partió rápido a la línea de fuego.

El hombre del cráneo perforado pidió su escapulario. Háblele colocado sobre el pecho del soldado la madre ausente y lejana.

Cuando el facultativo examinó al doliente, comprendió que era imposible la curación.

En circunstancias semejantes el médico ha de ser, más que hombre de ciencia, un psicólogo. Porque una palabra que ponga esperanza en el moribundo puede ser un vil falsario. Y quien imponga la sentencia de muerte mientras exista un átomo de esperanza, será un verdugo.

El hombre del cráneo perforado y del brazo roto, porque el fuego enemigo le causó varias lesiones, sintió que la muerte le acometía.

No experimentó la ira del vencimiento, ni la indignación del mal vencido. Pensó en su madre. Recordó que ella le había dicho, entre besos y suspiros:

—Si desfallecieras en el combate, acuérdate de mí. No pensé nunca que mis hijos fueran cobardes. No lo eres tú. Y si murieses, está seguro de que nuestra Virgen, la Señora de Guadalupe, te cubrirá con su manto.

Llegaban muchos heridos. Cerca retumbaba el cañón.

El soldado del brazo roto y del cráneo destruido... dejó de ser.

El médico le había aplicado las inyecciones de alcanfor y de caféina. Actuó hasta que vió que todo era inútil. El héroe había ascendido al Cielo.

UNA ESCENA

(CUENTO DIALOGADO)

Mari y Héctor, antiguos prometidos, encuéntranse después de una larga ausencia, en casa de la condesa de X. Han pasado demasiadas cosas desde el último día que se vieron, hace años..... Mari está casada, desengañada, y Héctor aún espera un útimo anhelo de Mari. La escena se desarrolla en la galería de flores de la condesa de X. Los ecos de la fiesta llegan en los acordes de un lento y elegante vals. Todo muy paso. Luz de luna.

HÉCTOR.—¡Mari!

MARI.—¡Héctor!

HÉCTOR.—¿Por qué te has alejado de la fiesta, que tan brillante está?

MARI.—Busco la soledad, quiero el silencio.

HÉCTOR.—Si crees que pueda estorbar tu meditación, me iré.

MARI.—No; tú no, aunque creas otra cosa.

HÉCTOR.—Y es que sabes que, a pesar de que todo lo olvidaste, tu Héctor no te puede olvidar.

MARI.—No, Héctor, no creas eso jamás; en este instante quería llorar nuestro pasado... Ven... (*Ven-do hacia la ventana.*) Fíjate..., escucha... ¿No es esta tristeza la de nuestro crepúsculo de otoño?

HÉCTOR.—¡Nuestro crepúsculo de otoño!...

MARI.—¿Te acuerdas de él?

HÉCTOR.—¿Cuál de nosotros podrá olvidarlo?

MARI.—Dime entonces aquellos versos que entonces me decías. Que vea yo que aún te acuerdas...

HÉCTOR.—¡Ah, sí! Es el poema de nuestras almas... Mira si me acuerdo (*Recita.*):

Nada como el crepúsculo que prende
en tus manos su beso de tristeza
al morir en Oriente, donde tiende
su velo de dolor Naturaleza.

En su canto las aves, en su llanto
los arroyos, que copian a la noche
al leve estremecer lleno de encanto
de la primera estrella como un broche.

Otoño llega triste al pecho mío,
y al despertar de nuevo los beleños,
son las sombras lejanas sombras yertas,
sin caricias el sol y en hondo frío
al viento van lejanos los ensueños
en pardos remolinos de hojas muertas.

(Hay una pausa de dolor.)

¡Cuánto soñamos entonces! ¡Y cómo nosotros éramos felices en nuestros sueños!...

MARI.—Mas como todo era un sueño, teníamos que despertar.

HÉCTOR.—Y las sonrisas del sueño fueron luego las lágrimas de la Vida..., de la realidad que llegaba...

MARI.—¡De la realidad que llegaba!... ¿Por qué me hablas así?

HÉCTOR.—Porque sé que aún no lo comprendes, ¡y eres una mujercita ya!

MARI.—Tienes razón: no soy una niña ya; mi corazón es viejo...

HÉCTOR.—Hay corazones que han envejecido en la aurora de sus días, rosas ahogadas por el fuego de la vida...

MARI.—No, Héctor; flores heladas por el viento de los desengaños.

HÉCTOR.—Es muy triste, nena, esto que nos pasa... Esto que a los dos nos labraron...

MARI.—Es muy triste porque es la realidad que llega. Como decías, las lágrimas del sueño..., la sombra de las ilusiones muertas... (*Llora.*)

HÉCTOR.—Llora, nena, este amor que no supiste vivir.



MARI.—¡Ay, Héctor! Siento deseos de amar, amar más, y pena porque amé demasiado...

HÉCTOR.—Eres tan buena, que no te comprendes.

MARI.—¿Acaso tú has conseguido hacerlo contigo?

HÉCTOR.—Tienes razón...; mas no quieras entrar en mis campos, porque los tengo a medias con la muerte.

MARI.—No te entiendo. Que yo hablase así, que no he tenido más que penas y desengaños...

HÉCTOR.—¿Y qué más he tenido yo?

MARI.—Tú tuviste el arte, la gloria que te mimaba, un horizonte que te sonreía.

HÉCTOR.—¡El arte, la gloria! Mentiras efímeras que eran a mi alma como una ironía.

MARI.—¿Hubieras preferido fracasar?

HÉCTOR.—Qué más me hubiese dado, si el único arte era mi pena, y la gloria era la risa del tiempo, que parecía decir que le agradaba a todo el mundo mi llanto, que me aplaudían porque lloraba.

MARI.—Eres extraño.

HÉCTOR.—Porque siento, porque no cruza la vida indiferente junto a mí, porque sé llorar.

MARI.—Pero, ¿no hubiese sido tu fracaso mayor pena..., como a mí me pasa, que lloro y no hay quien diga, como de ti, Mari sufre, Mari llora?

HÉCTOR.—¡Bah! En lo único que puse el alma la perdí; en lo que puse toda mi ilusión, fracasé... ¿Luego qué más me hubiese dado?...

MARI.—No te entiendo, Héctor, no te entiendo...

HÉCTOR.—No puedes..., ni quieres acaso... Más aún: no hace falta que lo entiendas ahora.

MARI.—¿Por qué eres siempre así?

HÉCTOR.—Acaso porque no sé qué es esto que me mata y nos hiere.

MARI.—Es el mal de ayer mal del pasado.

HÉCTOR.—Acaso sí; es la semilla que fructifica su fruto de muerte, que terminará por matarnos... Mas yo sólo por ti temo.

MARI.—Y tú, Héctor, ¿qué quieres decirme?...

HÉCTOR.—No te preocupe más Héctor.

MARI.—¡No me hables así!...

HÉCTOR.—Sí, Mari. Desde aquella tarde en que con las últimas hojas, en un remolino de polvo, de frío y de pena, huyeron los últimos ensueños, no puedo hablar de otra manera.

MARI.—Mas no me culpes a mí, Héctor.

HÉCTOR.—No, Mari; nuestro mal venía del pasado, y nuestro mal, *mal de ayer*, creció. Por él enfermaron nuestras almas.

MARI.—¿Y culpas al pasado?

HÉCTOR.—¡Al pasado y a ti y a mí y a todos!... Desde aquella tarde no vivo más que el frío que me va dejando sin vida, y aun en este día, en que Primavera llega y en que suena la fiesta, no escucho sino aquel viento que gemía, aquel gris del cielo, aquella agonía de hojas y las palabras que me matan...

MARI.—No sabes lo que me haces sufrir, Héctor.

HÉCTOR.—¡Mari, Mari!... ¿Por qué rompiste nuestro sueño, que sabías que era nuestra vida?

MARI.—(*Casi suplicante.*) ¡Héctor, Héctor!... (*Con gran tristeza.*) ¡No me culpes a mí!

HÉCTOR.—(*Se levanta y va a salir.*) Tienes razón; somos estrellas rotas, naves vacías, sueños sin rumbo... (*Tendiendo su mano a Mari.*) ¿Dónde irá la ilusión?...

MARI.—(*Como un eco.*) ¿Dónde irá la ilusión?... Mas no te vayas..., espera... (*Una idea cruza sobre el alma de Mari, cantando la gloria de su pasado perdido.*)

HÉCTOR.—¡Mari!... (*Llevando hacia sí las manos de Mari.*)

MARI.—(*Soltando sus manos de las de Héctor.*) No, Héctor, no...; es tarde..., muy tarde... ¡Demasiado tarde!...

HÉCTOR.—Es verdad, siempre quisiera olvidarlo... Nuestros corazones son como aves..., aves que despertaron en un ocaso, para llorar en una noche, y cuando quisieron abrir los horizontes en su vuelo de vida sólo escucharon su triste sentencia..., porque era tarde..., muy tarde... (*Con triste convencimiento.*) ¡¡Demasiado tarde!!

MARI.—Sí, Héctor; somos dos muertos que sólo supieron que lo eran cuando quisieron volver a la vida.

(*Queda todo en un silencio de angustia. Muere la escena, y llegan los ecos de una alegre música que parece decir de la vida.*)

AURELIO DE MENDIZÁBAL.

MAXIMAS

Confesamos nuestros defectos para reparar por nuestra sinceridad el daño que ellos nos hacen en el espíritu de los demás.

Hay héroes del mal, como los hay del bien.

No se nos menosprecia a todos los que tienen vicios, sino a todos los que no tienen ninguna virtud.

El nombre de la virtud sirve al interés tan útilmente como los vicios.

La salud del alma es tan poco segura como la del cuerpo. Aunque cualquiera parezca alejado de las pasiones, no está por eso menos en peligro de dejarse

arrastrar por ellas que de caer enfermo cuando está sano.

Parece que la Naturaleza haya prescrito a cada hombre, desde su nacimiento, límites para las virtudes y para los vicios.

Los grandes hombres son los únicos capaces de grandes defectos.

Puede decirse que los vicios nos esperan en el curso de la vida, como hosteleros en cuyos mesones hemos de parar sucesivamente. Dudo que la experiencia nos hiciera evitarlos, si nos fuera permitido andar dos veces el mismo camino.

EL VELLOCINO DE PLATA

NOVELA POR FRANCISCO CAMBA

(CONTINUACION)

Prefirió reírse, para no darle al suceso una importancia excesiva.

—¿No me lo perdonas?

El reconoció su risa, su misma risa de antes, tan clara, tan alegre, tan luminosa.

—¡Tonta! ¡Tontita de mi alma!

Quería ser feliz a su lado, al lado de aquella mujer, por la cual suspiró tanto en el destierro, por quien renunció a tantas cosas y cuya imagen no se había apartado de su pensamiento un instante siquiera. No lo conseguía. Le costaba trabajo hablar con ella. La conversación mejor prendida languidecía de pronto, se ahogaba en una gran laguna de silencio. A veces se le figuraba estar hablando con otra, con una persona extraña, completamente extraña en su vida. Y se alejó pensando:

—¡Qué cambiada la encuentro! ¡No parece realmente la que dejé!

Al otro día no le produjo mejor impresión; pero trató, así y todo, de ahuyentar el descontento. Si la tarde anterior no tuvo para él la confianza dulce de otras veces fué acaso por haberla cohibido con la exhibición de su sorpresa, de su disgusto. Era necesario tranquilizarla, hablarle de otro modo. Se acercó a ella con redoblado cariño.

—Me esperabas, ¿di? ¿Estabas segura de que volviese, y tan pronto?

—¡Esperaba, ya lo creo! ¡Me lo decías con tanta formalidad en tus cartas!

—Pero podía mentirte. Podía suceder algo imprevisto que me impidiese cumplir la palabra...

Y añadió un poco irritado contra aquella seguridad:

—¿No se te ocurría?

—No; siempre tuve confianza en ti.

La miró casi hosco. ¿Por qué había de tener tal y tanta confianza? ¿Por qué, si él no la tuvo siempre? ¿No sabía cuán bellas y cuán seductoras eran las mujeres del país de donde venía? Más que confianza reveladora de amor era acaso pereza mental, pocas ganas de molestarse pensando. Le había dicho que le esperase, que volvería a su lado pronto, y ¿para qué amargarse la vida con meditaciones y zozobras? ¿No estaba allí? ¡Pues entonces!

Más comprensiva, la gente que por el camino pasaba, pobres mujeres de labradores guiando la yunta de sus bueyes, sencillas mozas del lugar que volvían del prado con el haz de trébol en la cabeza, felicitaban a la señorita envolviendo en una mirada como de gracias al galán.

—¡Ay, por eso, puede estar contenta, que no to-

dos harían otro tanto! ¡Volver de esas tierras tan lejanas sólo por ver a su bien querido! ¿Y cuándo, cuándo nos dan un día de fiesta?

Armida bajaba los ojos al suelo, confusa y ruborosa. En aquella confusión y aquel rubor volvía él a reconocerla, y por gustar mejor de tal encanto quiso turbarla más.

—¿Lo deseas?

Entonces ella habló. Habló entusiasta, abundantemente. Su conversación fué como una lumbre lacia donde cae por fin el leño que prende y la anima. Sí, no quería mentirle. Estaba deseando casarse, dejar la torre, ser dueña de sus actos, no tener que darle cuentas a nadie, no verse contrariada a todas horas...



Ni una alusión a la dicha de hacerle feliz, a la ternura de que rodease su vida, al encanto de vivir juntos después de tantas y tan duras pruebas. Una espina dolorosa se le clavó en el corazón. Pensó que si él la hubiese abandonado y alguien viniese a ofrecerle la misma vida y la misma independencia, le acogería con iguales palabras... Y tembló a la idea de decirle, como fatalmente se lo diría, que la fecha de su liberación no estaba muy cercana. Tembló ante aquel espíritu vulgar que, desde el día antes, venía descubriéndole. ¿En qué había pensado hasta entonces? ¿Cómo podía cambiar tanto una persona? Al alejarse, cerrada ya la noche, decidió con dilacerante amargura:

—¡ No es! ; No es la mujer que yo he dejado!

Y una idea le detuvo de repente en mitad del camino, una idea que sintió lo empalidecía y le enfriaba la raíz de los cabellos. Armida no estaba tan gruesa, tan cambiada como le pareció. Volvió los ojos atrás, a muy lejos, a los días precursores de su marcha, y la vió casi igual, sin mayor esbeltez de la silueta ni más grande elegancia de líneas. Aquellas manos carnosas, que apenas había rozado a la tarde, eran las mismas por besar las cuales hubiera hecho antes cualquier locura; aquella manera de hablar, sin grandeza y sin gracia, la misma que entonces encerraba para él los supremos encantos de la tierra.

Lo que no era lo mismo, la mujer con quien aquella no se correspondía, era la de después. Su Armida del destierro, sí que tenía la belleza suprema y la suprema gracia y la suprema dulzura. Recordó ciertas palabras de Farfán cuando sólo una esperanza le restaba: la salvadora esperanza de que, con tanto pensar en la mujer querida, la realidad, aun siendo tal, se le quedase corta... Y esto era lo que le pasaba a él. De tanto pensar en la novia por quien partía, la fué perfeccionando en su imaginación, haciéndola otra, creándola verdaderamente. Estuviese igual que el día de su marcha, y el desengaño hubiera sido idéntico. Con la mujer que él traía en el alma no podía luchar mujer alguna de la realidad. Y tembló más aún.

¿Cómo no cumplir la palabra que le había empeñado al marcharse? Y ¿cómo, de cumplirla, no darle, al mismo tiempo, una rival todo poderosa en aquella mujer que ella no era y a quien, por convertirla en carne de fantasía, en una idealidad pura, había hecho invencible? Afortunadamente, llegaba la noche en una apoteosis espléndida. Brillaba la ría como una inmensa lámina de cristal iluminada por dentro. Cantares dispersos le daban voces al ambiente, olor de hogares en fiesta lo perfumaban. Aquello sí; de tan perfecto que naturalmente era no pudo mejorarlo la imaginación. Y bondadoso el paisaje tuvo inmediatamente un consuelo que ofrecerle. ¡Quién sabía! Armida había nacido allí, amaría como él todo aquello y acaso no necesitase otra cosa para la felicidad de su vida...

Poco a poco fué esbozando a los amigos los planes con que llegaba; pero no los deslumbró. Todos, des-

pués de escucharle escépticos, acababan aconsejándole con cierta pena:

—Guarda el dinerito que tengas, no seas tonto. Métete en la empresa de una fábrica de salazón, cuando más. Esas explotaciones de prados, esas siembras en grande, aquí son una locura. Nadie las ha hecho...

—¡ Pues vaya una razón! ; Nadie, antes de montarse la primera, había hecho tampoco una fábrica!

—Pero ese fracasó seguramente.

—No, no temo el fracaso. He aprendido muy bien cómo las tierras se mejoran, cómo se las hace producir más...

Una noche se le reprendió seriamente por el afán de deslumbrarlos que le advertían y que ningún «americano» dejaba de traer. Todos venían convencidos de que se habían mejorado, de que valían más, de que se le ocurrían ideas como a nadie... Pues aquellas ideas estaban al alcance de cualquiera, y cuando no se llevaban a la práctica era por algo.

—Y pase que eso lo piense el pobre hombre que aquí sólo se trató con sus vacas y luego, allá, conoció gente. ; Pero tú! ; De ti, a la verdad, no esperábamos este comportamiento!

Y la extraña conducta de Daniel pretendió explicar la Agustín, filósofo además de fabricante. Cuando ya Daniel se hubo ido, reunió mejor al grupo, le hizo apretarse, condensarse, para que ni una palabra se perdiera, y sentenció:

—Todo ese afán de meterse en empresas, de acometer negocios de que aquí no hay costumbre, sólo tiene una explicación, y ya me diréis si me equivoco: Daniel no trae dinero.

Las ideas de sus amigos las encontró Daniel en todas partes. Al esbozar su plan ante alguien de quien esperaba apoyo, advertía idéntico escepticismo, la misma lástima alejadora y esterilizadora. De realizarse el temor que comenzaba a invadirle, de no encontrar ayuda en nadie, ¿qué iba a ser de él? ¿Cómo casarse sin tener siquiera, cual en otro tiempo tenía, una clientela que le llamase para defender sus pleitos? ¿Volvería a necesitar marcharse? Fué un pensamiento que lo atravesó como una puñalada. ¡ Marcharse! ; Dejar aquella tierra querida donde, a pesar de todo, se encontraba tan bien!

Algo le faltaba en ella, no lo negaba; pero algo nada difícil de conseguir: un amor, una mujer suya, que lo cuidase, que más le endulzase la vida. Y eso lo tendría así que se casara. Armida, tan buena y tan sencilla, acaso no supiese cumplir a su lado más grandes deberes; pero llenaría plenamente esa misión de sencillez y de bondad. Por desgracia, parecía cada vez más empeñada en alejarle. Apenas le hablaba de nada aparte de sus disgustos, de su prisa por dejar la torre. No hacía otra cosa que traslucir ante él sus egoísmos y las miserias que no quisiera verle. Una tarde acabó por comentar muy quejosa:

—Y tú no parece que tengas el menor apuro...

Volvió a decirsele al otro día, y Daniel comprendió que no era posible callar más tiempo. Atragan-

tándose, habló de que necesitaba aún resolver asuntos. No traía, como ella tal vez presumiese, la fortuna hecha. Traía un tesoro en su voluntad, eso sí, pero no dinero.

Ella le miró con ojos asombrados, implorantes. Dedució luego que no era verdad, que quería asustarla, divertirse con su angustia. Daniel sonrió amargamente. Y al comprender Armida que de todo trataba menos de divertirse, calló, retorciéndose con mano trémula, sobre el regazo, unos adornos del vestido. Al fin, todavía amable y dulce, le preguntó por qué no había esperado algo más. Ella, que tanta paciencia había tenido, también le esperaba otro poco.

—¡Eran tantas mis ganas de verte!

La muchacha no pudo contenerse ya. Se levantó con violencia.

—¡Ganas de ver a los amigos! ¡Ganas de las pándegas del Casino, eso sí! ¡Por eso no esperaste! ¡Por eso vuelves como ni el último de estos pescadores se atrevería a volver! ¡Qué razón tenían quienes me desengañaban!

El también se había puesto bruscamente en pie y le clavaba la más severa mirada que habían lanzado nunca sus ojos de acero. Como a la luz de un relámpago pasó por la imaginación de aquel hombre todo el recuerdo del amor que allá lejos había inspirado a otra mujer, a una mujer que seguramente sabría hacerle dichoso y a la que renunció por ésta, siendo la otra la bella, la amable, la digna de todos los sacrificios. Su acento se llenó de quejas, de reproches.

—¡Así me pagas!

—¿Así te pago el qué? ¿El que hayas venido? ¿El que me hicieses el favor de esta visita? ¿Estoy yo entonces para perder el tiempo?

Daniel comprendió que todo se había roto entre ambos. No podía ofrecerle pronto la independencia, lo único que apetecía, y ella no estaba ya para perder el tiempo. Tenía que aprovechar los restos de su juventud en esa empresa salvadora. Bien, acaso fuese así mejor... Se apartó un poco, grave, lívido, diciéndole sin dureza, casi con dulzura:

—Perdóname. No sabía, no te conocía aún...

Y otra vez fué meditando por el camino, aquel camino de fragantes orillas con que tanto soñó en los días de su destierro. ¿Cómo había podido amar de semejante manera a una criatura tan insignificante por su aspecto y tan despreciable de espíritu? ¿Cómo pudo sacrificar a su recuerdo tantas cosas y, sobre todo, la felicidad que consiguió un instante y que, de no estar tan ofuscado, tan ciego, hubiera conservado eternamente? No acertaba a explicarse de qué manera había ido embelleciendo su imagen hasta darle aquel fulgor invencible. Y más le aterraba el pensar que, deshecho su sueño al llegar y destrozados los restos que de él quedaban por las palabras odiosas de aquella mujer, el amor al cual tanto sacrificó allá lejos no acababa, no moría en su corazón.

Amaba, amaba como nunca, lo reconocía sinceramente en medio de la noche honrada. ¿Pero a quién?

¿A Armida todavía? ¿A la sombra milagrosa en que fué convirtiéndola? ¿Estaría condenado a arrastrar eternamente la existencia absurda del ser enamorado de un fantasma? Y el fantasma parecía alzarse delante de él, esbelto y magnífico, con movimientos



elásticos y un cuerpo de diosa y unos ojos muy verdes y un acento más dulce que todas las músicas del mundo...

Entonces se detuvo paralizado de espanto, como si algo pavoroso acabase de saltar al camino. El fantasma de su castigo, la mujer a quien amaría eternamente, con el alma entera, existía. Era la de allá, era Estela... ¿Cómo no lo vio antes? ¿Cómo hacía este descubrimiento terrible a tantas leguas de distancia y después de convertirla en algo imposible, tan imposible como un verdadero fantasma para él? ¿En qué ironías espantosas se complacía el implacable destino?

Estela, el recuerdo de Estela, de su verdadera dulzura, de su indudable grandeza de alma, eran el velo que se interponía entre él y Armida, desfigurándosela, haciéndosela odiosa, llevándole a agradecer in-

cluso las palabras que le alejaban de ella y le permitían desligarse de su compromiso. ¡Y venía a saber esto cuando, con sus manos estúpidas, destruyó enteramente la felicidad que a aquella mujer tan fácil hubiera sido darle!

En vista de la imposibilidad de otra cosa, se aferró al amor de la tierra. El quería al menos trabajar allí, vivir allí, compartir siquiera la dicha inconsciente de sus amigos. Imposible. Advirtió en toda la gente sentimientos ya claros de desprecio. Por la calle, los campesinos dejaron de saludarle con el respeto de antaño. Las hijas del dueño de la fonda le increparon hoscamente un día por haber engañado tanto tiempo a una pobre muchacha. En el Casino, sus camaradas le hacían constante objeto de una broma ya intolerable.

—Entonces, ¿cuándo se emprende la gran obra?

Alguno, aparentando un candor inmenso, le preguntaba qué era en resumen la obra aquella.

—¿Cría en grande de pavías sin hueso? ¿De aves de corral?

Y algún otro, entusiasta de la pechuga de las aves, acudía:

—Pero también sin hueso, todo pechuga. Estos americanos son terribles.

Acabó por dejar el Casino, donde ya era un extraño delante del cual, pasado el momento de las bromas, no se estaba a voluntad. Se escondía como avergonzado. Pronto no tuvo otros amigos que los árboles y el viento y la soledad de las noches claras. El dinero escaseaba cada vez más en sus bolsillos. Dentro de tres meses, acaso dentro de dos, ya no podría ni pagar la fonda. Una de aquellas noches, paseando por las afueras del pueblo, se encontró bruscamente con el hidalgo de la Seara, viejo y noble individuo que, aislado en su aldea después de una vida de escándalos y de triunfos, cultivaba todavía el hábito elegante de pensar. El hidalgo le preguntó sin preámbulos:

—¿Cuándo te marchas?

—¿Quién dice eso? ¿Quién dice que piense marcharme?

Le pusieron sobre el hombro una mano cariñosa.

—No sé si lo dicen; pero sé perfectamente que no debiste volver. Fuiste a América en busca de dinero, marchaste en son de conquista... Y oye una cosa, Daniel. Los que marchan como conquistadores, sólo tienen un camino: triunfan o no regresan...

Aquello le aterró. Luego, a solas con su conciencia, pensó que realmente acaso acabaría por marcharse, y la idea no le dió ya disgusto ninguno. Por el contrario, comenzó a recordar con un vago sentimiento de nostalgia sus días de América, tan activos y tan fecundos, santificados por el trabajo constante y embellecidos por el ansia de triunfo que le llenaba el corazón. Evocaba con cariño bellezas de aquella tierra, las de la llanura verde y ubérrima y las de la ciudad en que hasta entonces apenas había reparado. Ciertos nombres de lugares comenzaron a parecerle

bonitos como ninguna otra cosa. Calle Esmeralda y calle Florida, parque de Palermo y paseo de la Recoleta, ¡quién volviera a veros con los mismos ojos! Algo le faltaba ya en su país. América le llamaba otra vez, otra vez le atraía... De noche, en sus paseos, al rebrillar la luna sobre las aguas de la ría, creyérase que bordaba, delante de él, un camino de oro. Se convenció, más y más, de que acabaría por seguirlo.

Pero entonces recordó con un escalofrío sus nostalgias, sus dolores, el horror de aquella vida en un ambiente agrio, entre gentes con las cuales jamás llegaría a compenetrarse del todo. Entró en el escritorio de la fonda. No había nadie, y, de pie todavía, se puso a revolver periódicos que no le interesaban, tan ajenos a las tristezas y a los afanes de su corazón. De pronto palideció terriblemente. Tuvo que agarrarse con fuerza a la mesa para no caer. La noticia tenía un título que ya le asustó: «Indiano que se mata al llegar a su pueblo.» Pero su lectura le dejó abrumado, sin sangre en el rostro, con un frío erizándole los cabellos. ¡Se trataba de Farfán, en efecto! El periódico daba las señas, daba el nombre, lo daba todo. Al día siguiente de su llegada, el guarda de cierto jardín romántico que allí había, jardín preferido por los novios de la localidad para sus paseos, tropezó, sobre la hierba blanda, salpicada de sangre, con el cadáver de un hombre en quien se reconoció a cierto Diego Farfán de los Godos, querido como nadie en el pueblo. Después, registrados los bolsillos, se le encontró una carta donde decía que ya en la emigración concibió el propósito de matarse, propósito que, por razones cuyo secreto deseaba llevar a la tumba, no quiso realizar sino en su tierra...

Daniel, arrasados los ojos de lágrimas, crispadas las manos, arrugó el periódico sacudido por la más cruel congoja. ¡Pobre Farfán! «No vuelvo», había dicho al alejarse del buque. Y podía decirlo con aquella entereza, decidido, como ya estaba, a descansar en la muerte de su espantoso perseguir un amor sin esperanza... Después, paseando bajo la clara luna, sintió miedo, un miedo hondo y terrible. ¡Si pudiera no marcharse! ¡Si tuviese valor para resistir las burlas de sus amigos y el desdén de la gente toda! Era una temporada nada más. Poco a poco, conforme fueran convenciéndose de que, lejos de estar con un pie en la escalera del barco, continuaría entre ellos toda la vida, ¿no le devolverían la confianza y el afecto de antes? ¿No sería posible que recuperase también su clientela?...

Mas para ello necesitaba un interés fuerte que fuertemente le atase, ¿y qué otro podría realizar esta obra sino el amor? Un cohete rasgó entonces los aires, y a su luz de relámpago vió la torre al pie de la cual tan feliz había sido en otro tiempo. Nuevos cohetes surgieron, anunciando alborozadamente la fiesta del San Ramón de Goyán, donde Armida ha-

(Continuará.)